

ARQUITECTURA

REVISTA MENSUAL - ÓRGANO
OFICIAL DE LA SOCIEDAD
CENTRAL DE ARQUITECTOS

PRÍNCIPE, 16

Año VIII Núm. 84

MADRID

Abril de 1926

PÁGINAS SUELTAS

Del libro que con el título *Ironía de las construcciones; hechos y dichos famosos de arquitectos, ingenieros, contratistas y propietarios, e irreverentes recuerdos profesionales y estudiantiles*, publicará en breve nuestro compañero

D. TEODORO DE ANASAGASTI.

EL PALACIO Y LA LOGIA PAPELES DE VITERBO

HASTA el año 1910, en que, residiendo en Italia, visité Viterbo, no conocía la historia del salón del primer cónclave.

Me la contó el obispo monseñor Graselli, un viejecillo venerable y muy simpático, de luengas barbas; y me interesó grandemente:

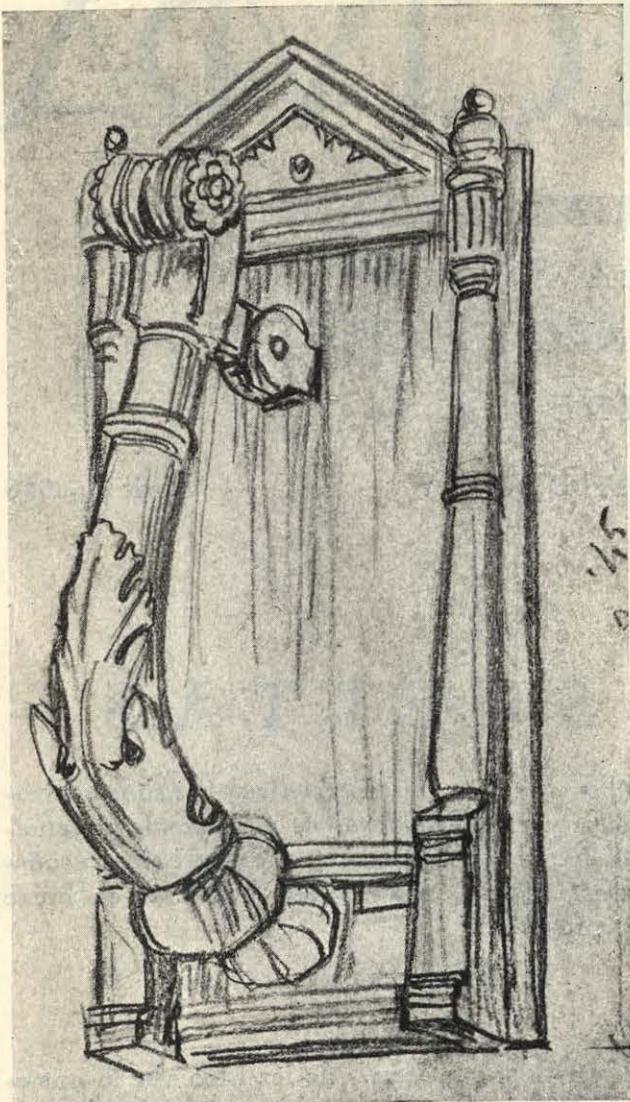
Era en 1270. Los cardenales se reunían diariamente, durante más de un año, en la catedral, para nombrar al sucesor de Clemente IV; mas tanta era la discordia entre los reunidos, tanta la disconformidad, que cada vez se veía más lejana la posibilidad de realizar la elección. El Espíritu Santo no descendía sobre sus cabezas.

Los habitantes de Viterbo, instigados por

San Buenaventura, que les hizo ver la ansiedad con que la Cristiandad aguardaba el resultado, decidieron poner fin a estas luchas. Y un buen día, cogiendo uno a uno en sus habitaciones a los obstinados, les metieron en el salón.

Grande debió ser la sorpresa de los cardenales al verse encerrados; pero mayor al ver que clavarón las puertas y tapiaron muchos huecos, aislando de toda comunicación exterior, y al saber que no se les libraría de aquella cárcel mientras no recayese el nombramiento en alguno.

Pasaron algunos días, no muchos, y viendo que la amenaza se cumplía por los viterbenses, en lugar de ceder y determinar el sucesor en el solio de San Pedro, la echaron por la tremenda, ofendidos por lo que juzgaron intrusión del pueblo.



ALDABÓN DE LA IGLESIA DE SAN MARTÍN (TRUJILLO)

Dibujo de Anasagasti.

El pueblo, seguro de que más o menos pronto tendrían que darse por vencidos, al saber la actitud rebelde de los encerrados, les redujo la pitanza, con el advertimiento de tratarlos con más severidad.

¡En vano! ¿Quién era el pueblo para inmiscuirse en tan sagradas funciones privativas de los cardenales?... ¿Cómo tolerar...?

Entonces, Ramiro Gatti, capitán de Viterbo, mandó quitar la cubierta del salón, para que los ardores de la canícula, la intemperie, la lluvia y el viento hiciesen el milagro.

(Aquí, en realidad debiera terminar la reseña del lance, en cuanto tiene de arqui-

tectónico; pero, sabedores de que el lector nos agradecerá el final del episodio, lo narraremos, aunque más es de materia eclesiástica que arquitectónica.)

Con tales rigores enfermó un elector. Así consta en el interesante pergamo original que se conserva en la biblioteca cívica de dicha ciudad, y que, copiado a la letra, dice:

«Nosotros, por divina commiseración, Obispos, Presbíteros y Diáconos Cardenales de la Sacrosanta Iglesia Romana, compadecidos con fraternal afecto de la enfermedad del Cardenal Enrique, obispo de Ostia y Velletri, ordenamos a vos, Potestad del Municipio, y a vos, Capitán del pueblo, por la deuda de fidelidad que os liga a Nosotros y a la Romana Iglesia, a conceder franca salida de este Palacio al susodicho Obispo donde estamos encerrados, y de no retenerlo contra su voluntad, habiendo renunciado a su derecho y a su voto de elector...»

»Dado en Viterbo en el Palacio episcopal, descubierto, en este día de 8 de junio de 1270, vacando la Sede Apostólica.»

¡Ni con esas!

El pueblo no cedió, pero los cardenales tampoco. Primero, protestas; después, amenazas de anatemas y el interdicto de la ciudad...

Los viterbenses llegaron a asustarse de lo que habían hecho, y desistieron de sus coartadas. Pero la tentativa no fué vana, pues Gregorio X, que fué el Pontífice salido de aquella perdurable elección, decidió dar forma canónica a las amenazas populares, estableciendo para en adelante las reglas para los cónclaves futuros, con una solemne constitución papal promulgada en 1274, por el concilio de León; tales como el encierro, aun al descubierto, de los cardenales, con la reducción gradual de la ración alimenticia, y con otros rigores de los puestos en práctica por los viterbenses en su primer experimento (1).

Visitando el Palacio, lamentábamos que tuviese cubierta.

Había que restaurarlo, dejándolo desmantelado, sin otra bóveda que la del cielo, en recuerdo de lo sucedido.

Si el Panteón de Roma, construido *ex profeso* con su monumental claraboya en lo alto, deja pasar el sol, el aire y la lluvia, ¿no tienen derecho los viterbenses a que su monumento se conserve como lo dejaron en aquella memorable ocasión, pregonando así su hazaña histórica?

Así se lo dijimos al venerable Obispo, simpático viejecillo de luengas barbas.

(1) Para más detalles, véase la *Storia di Viterbo*, de Cesare Pinzi.



DETALLE DEL TEMPLETE DE LOS EVANGELISTAS DE EL ESCORIAL.

Fotografía Anasagasti.

PLAZO DE GARANTÍA

Joan Gombao, uno de los constructores de la Torre Nueva de Zaragoza, en las capitulaciones para las obras del campanal y chapitel de Nuestra Señora del Carmen, que llevan la fecha del 20 de septiembre de 1520, «se obliga a dar la obra muy bien labrada y segura dentro de mes y medio, y... es contento el maestro de dar firme y seguro el chapitel, cruz y manzana por tiempo de diez años...; en tal caso el maestro es obligado de repararle a sus costas».

EL VIENTO DEL ESCORIAL

¿Habéis leído las memorias del P. Sigüenza, cronista del Escorial? Son amenas e instructivas.

Es bien sabido que para escoger el emplazamiento del Monasterio de Felipe II se tuvieron muy en cuenta los preceptos de Vitruvio.

En El Escorial raro es el día que no sopla el viento, «ola de aire agitado, con movimiento fuerte y errante», según el inveterado libro, en el capítulo primero.

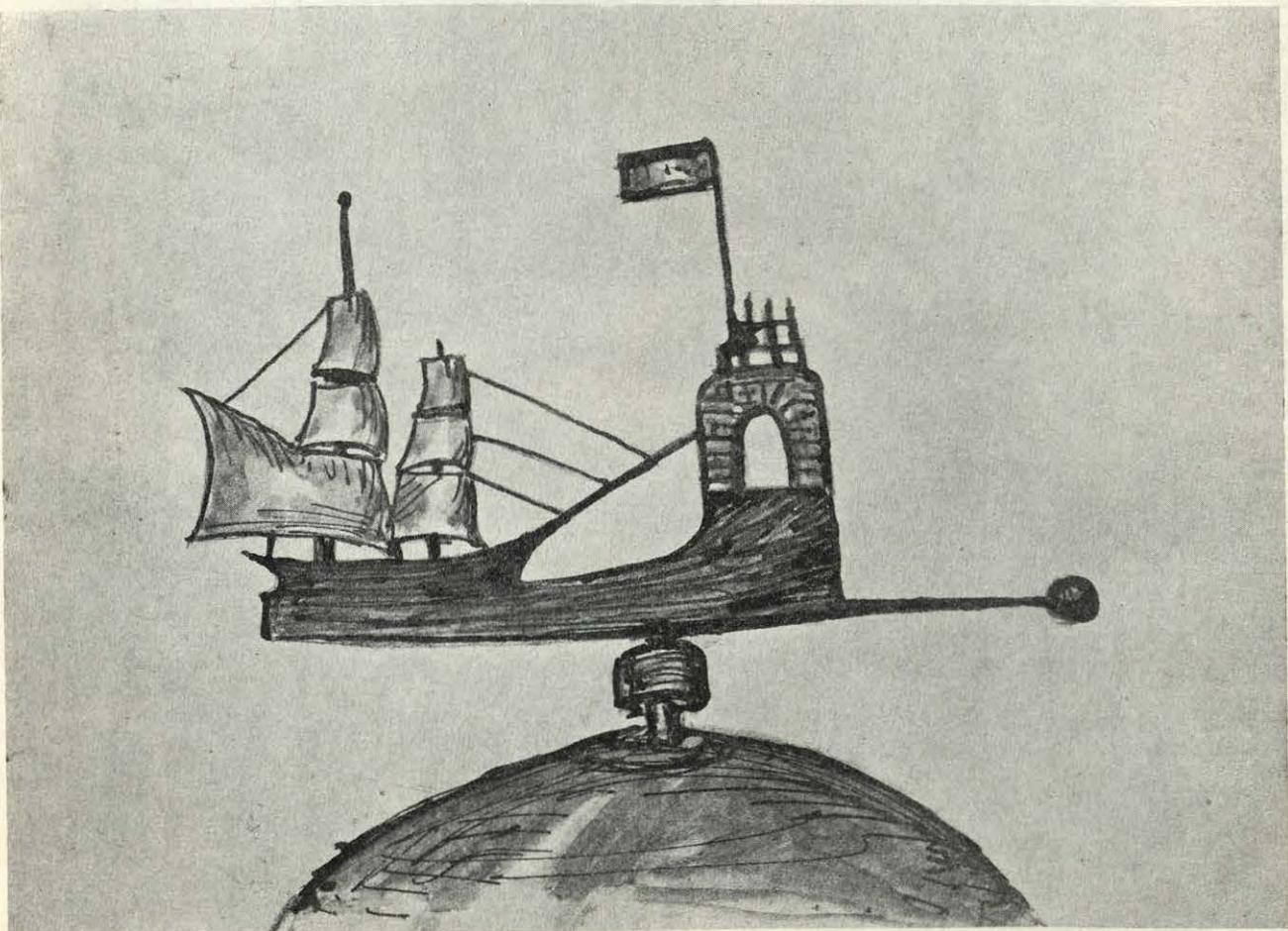
Vitrubio nos habla de las distintas clases de vientos, y hasta de las *eolípilas* de bronce; mas la que no conocía era otra variedad de ola agitada: la escurialense.

Cuando los PP. Jerónimos, acompañados de unos maestros, visitaron El Escorial por orden de Su Majestad Católica el hijo y heredero de Carlos V para disponer el emplazamiento del Monasterio, cuenta el P. Sigüenza:

«... fué a mitad de la cuesta. Se levantó un furioso y friísimo viento, que arrebató las bardas de la pared de una viñuela, y con ellas dió en las caras a los que subían.»

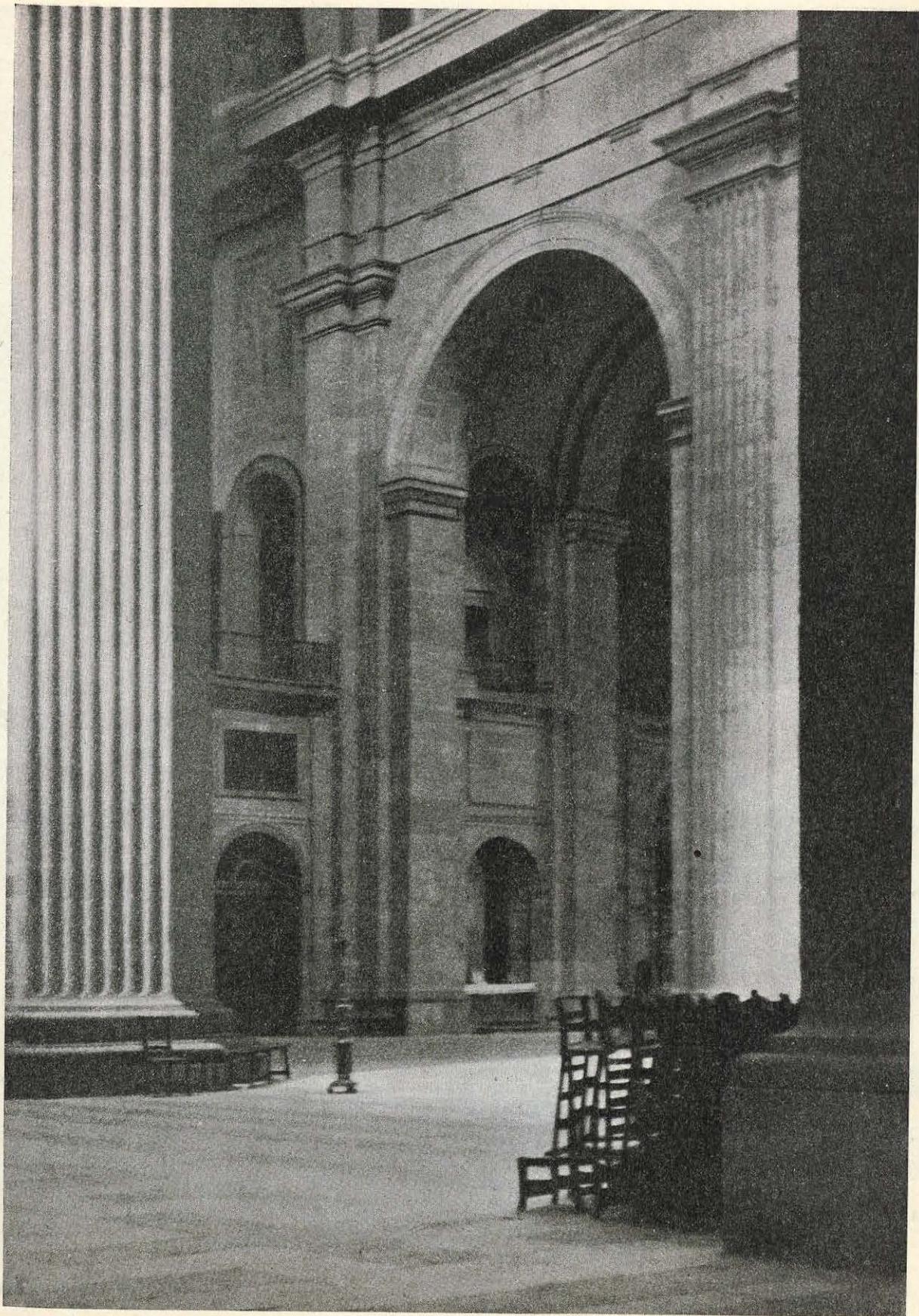
«... de este viento, despertado tan de repente en esta ocasión, y otros muchos muy notables, hemos conjeturado cuánto le ha pesado al Demonio que se levantase una fábrica donde, como de un alcázar fuerte, se le había de hacer mucha guerra.»

«... Los religiosos, entendiendo estos designios, o sospechando, como gente experimentada en estos combates, animaron a los tristes y desmayados; y el santo fray Juan del Colmenar,



VELETA DEL AYUNTAMIENTO DE LAREDO, CON LAS ARMAS DE LA LOCALIDAD.

Fotografía Anasagasti.



INTERIOR DE LA IGLESIA DEL MONASTERIO DE EL ESCORIAL.

Fotografía Anasagasti.

que iba como por capitán o adalid de este escuadrón, dijo en voz alta a todos:

»— Esta tempestad despierta el Demonio para que desmayemos o para engañarnos; mas no ha de sacar de ella ningún fruto. Pasemos adelante y no hagamos caso de la malicia.»

«... Otro día llegó un correo de Madrid con una carta, en que les decía que no se espantases del aire y tempestad que había hecho, porque también en Madrid había sido el día áspero y de grandes aires.»

«... Maravilláronse todos del aviso y cuidado del Rey, estimando en mucho el favor con que emprendía el negocio; hicieron gracias a Nuestro Señor, y fueron juntos a Madrid, a dar relación de lo que les había parecido.

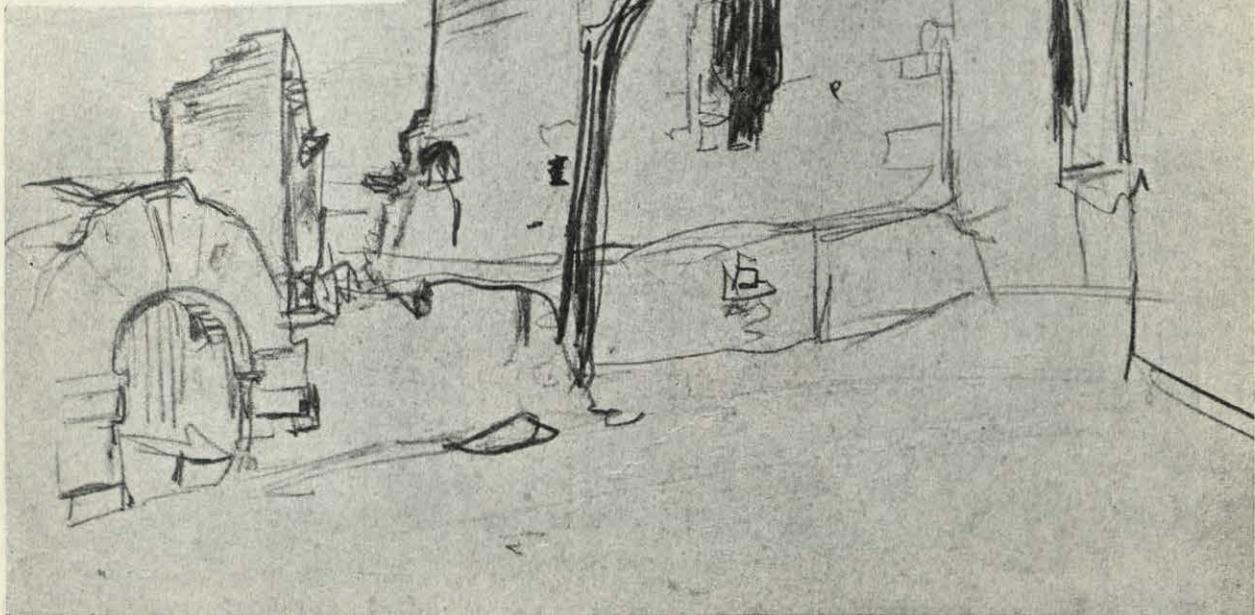
»Así quedó resuelto y asentado lo que tocaba al sitio.»

El viento del Escorial, el de entonces y el de siempre, es un viento de todos los demonios.

GARNIER, INSPECTOR DE OBRAS

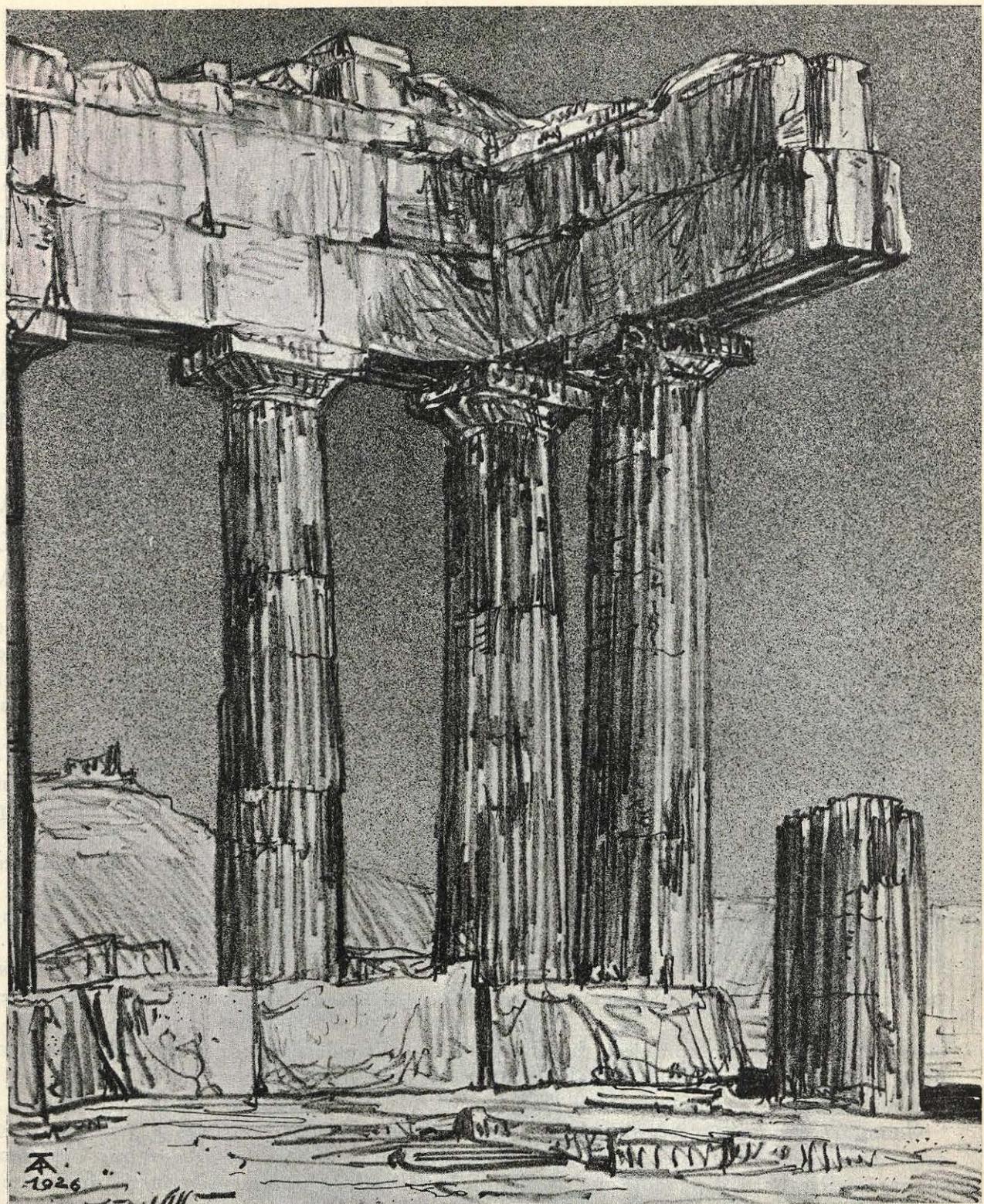
Entre las anécdotas de Carlos Garnier, ninguna le pinta como lo que era: un hombre recto y desinteresado.

Durante las obras de la iglesia del Sagrado Corazón, en París, fué nombrado por



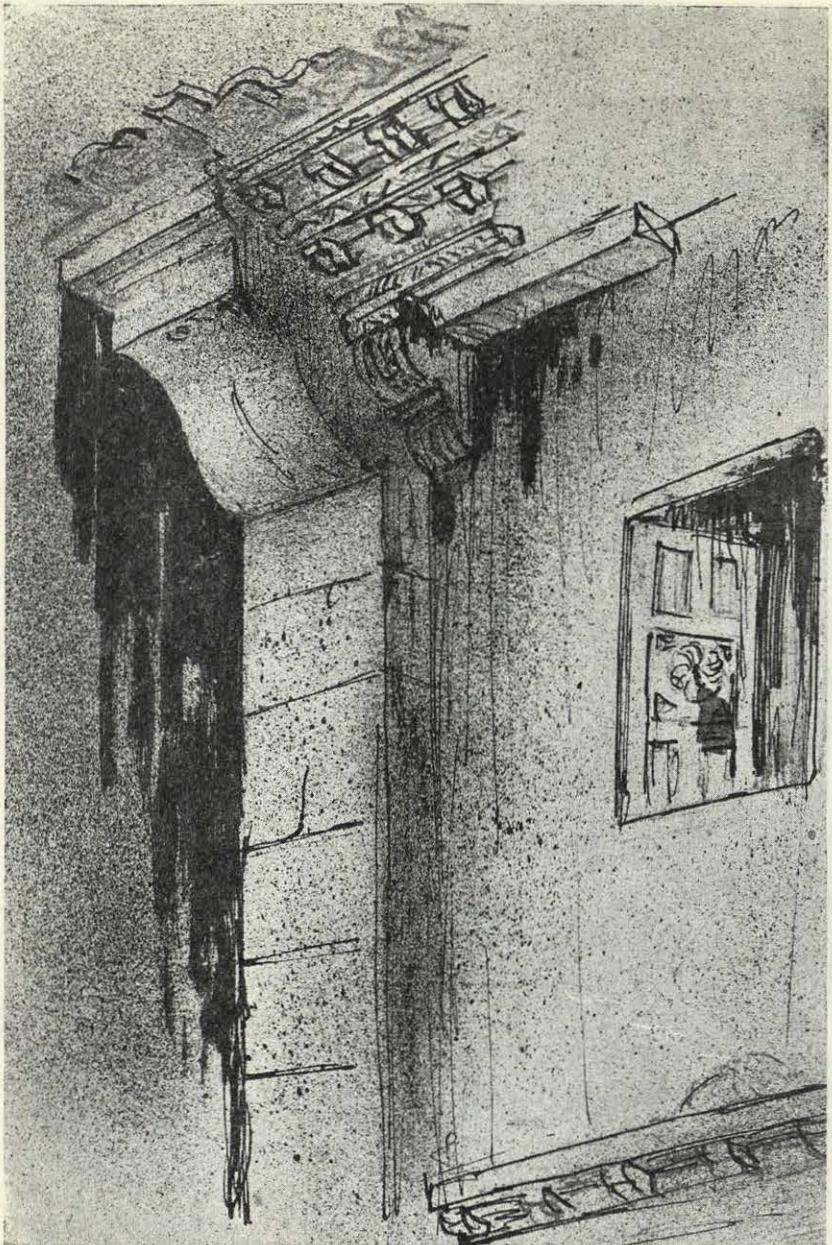
TRUJILLO. — RUINAS DEL ALCÁZAR.

Apunte de Anasagasti.



ESTUDIO DE UN TEMPLO DÓRICO.

Litografía de Anasagasti.



DETALLE DE UNA CASA DE QUIJAS (SANTANDER).

Apunte de Anasagasti.

el arzobispo arquitecto consejero de las obras de la basílica, con un sueldo anual de 6.000 francos.

Como pasaran unos meses sin que le molestaran para nada, ni le consultasen, escribió a monseñor Ricahard, diciéndole que

«... con frecuencia había hecho trabajos por nada; pero que jamás había sido pagado por no hacer nada; en vista de lo cual le enviaba la dimisión del cargo.»

¿Cuántos imitadores ha tenido el notable arquitecto autor de la Ópera?

LA IGLESIA DE CHAMBERÍ

Cuando el desgraciado sacerdote Martín Merino era conducido al suplicio por haber atentado contra la vida de la reina Isabel II, sábese que, al pasar frente a la iglesia del barrio chamberilero, volvió la vista al templo, y encarándose con los que le guardaban en su postrero viaje, exclamó:

— ¿Por qué no le llevan también a la horca, conmigo, al arquitecto que trazó esa fachada?...

LA BÓVEDA DE LA CATEDRAL DE SEVILLA

No era posible, con lo que se estaba haciendo, que aquella bóveda de la catedral de Sevilla se mantuviese. Tenía que caerse, y se fué abajo.

Se fué abajo como si se derrumbase todo el firmamento; y no murió sepultado el arquitecto, autor y director de las obras de reforma, porque unos obreros, quieras que no, le sacaron oportunamente del lugar de la catástrofe.

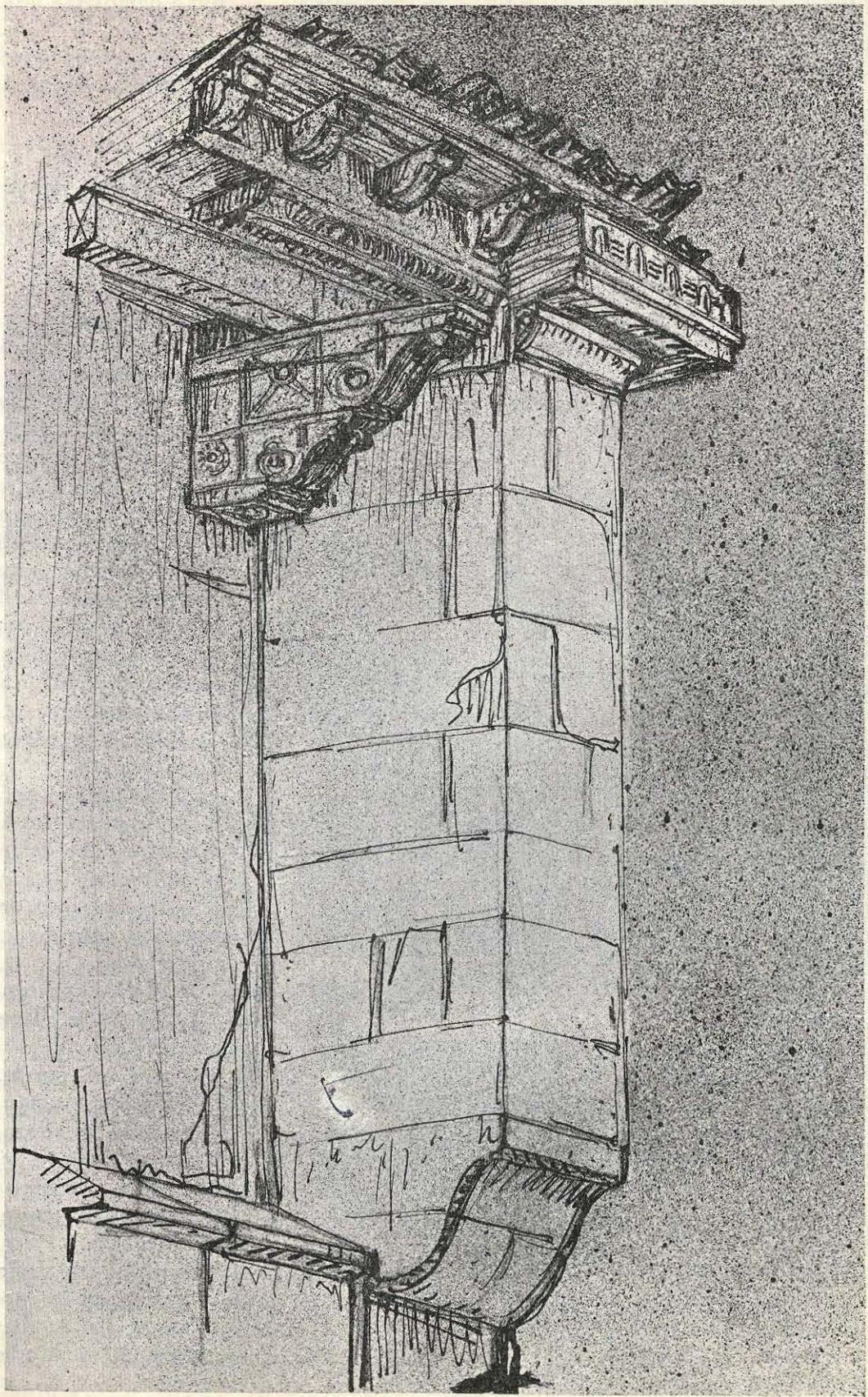
Con no pocos esfuerzos le alejaron del lugar de la hecatombe; iba dando gritos:

— ¡Dejadme, dejadme! ¡No debo marcharme de aquí! ¡Este es mi puesto de honor!...

Mucho se comentó el hundimiento, y el arquitecto, que tenía sus pujos oratorios, se creyó en la obligación de dar una conferencia explicativa, tratando de justificarse ante la opinión.

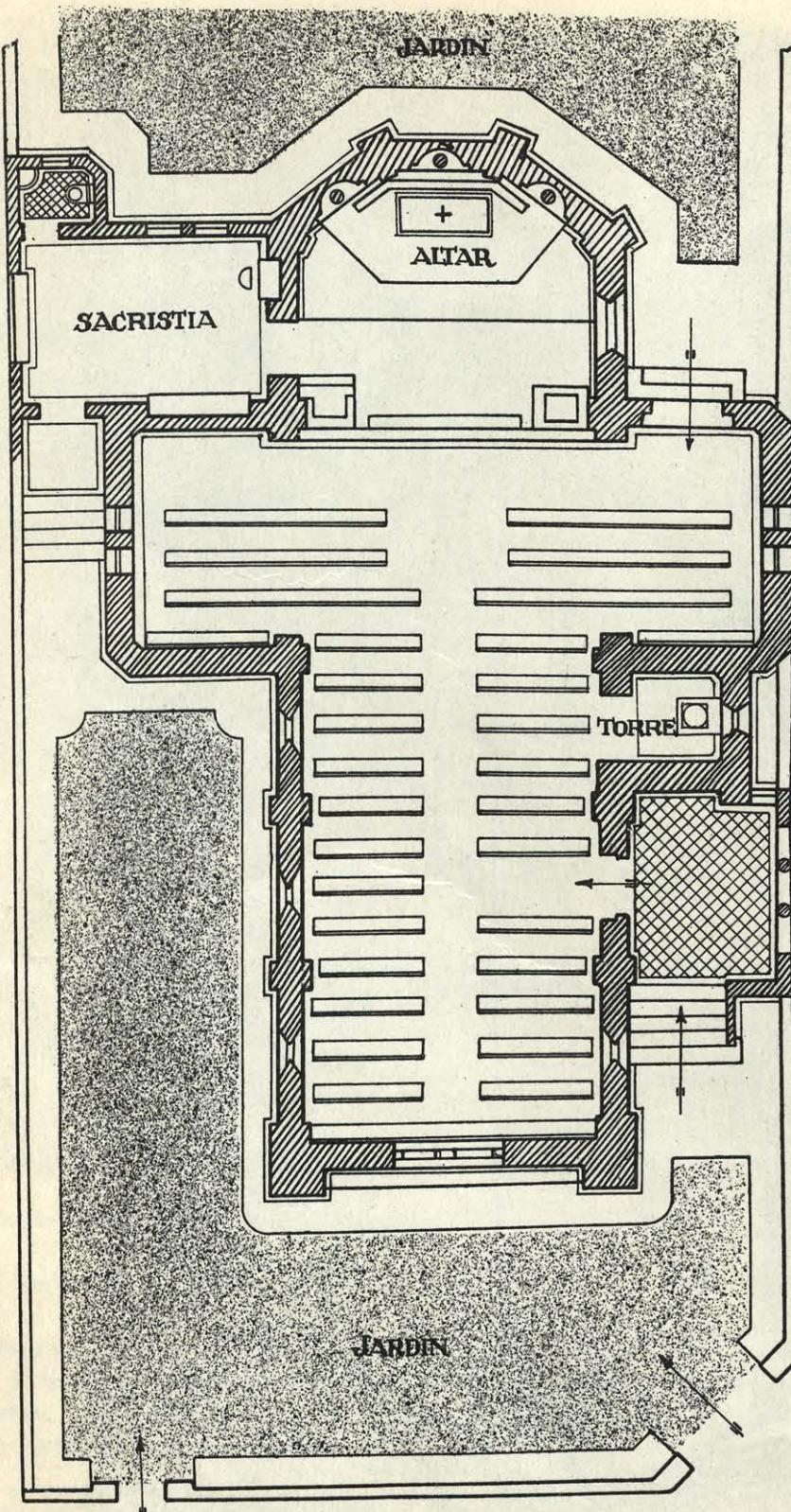
— ¡Mi nombre — decía —, mi valer, no pueden ni deben quedar en entredicho!

Y como lo pensó, lo hizo: dió la conferencia, y toda la argumentación empleada ten-



ANTA DE UNA CASA DE QUIJAS (SANTANDER).

Estudio de Anasagasti.



MADRID. — CAPILLA BRITÁNICA DE SAN JORGE.
Proyecto de Anasagasti,

dió a demostrar que la restauración que él hacía en la catedral era tan acertada, que... ¡la bóveda no se debía haber caído!...

¿LE VOTAMOS, O NO, PARA ACADÉMICO?

Discutían en la Sección de Arquitectura de la Academia de San Fernando los méritos de un aspirante.

No se ponían de acuerdo los discutidores: unos le otorgaban todos los fervores; otros le negaban el agua y la sal.

Cuando más enconada se hallaba la discusión, llegó el gran arquitecto Arturo Mélida, quien, al enterarse de la discusión, nada dijo, poniéndose a trazar rayas en un papel. El presidente le instó a que expusiera su parecer:

— ¿Qué te parece a ti? Di algo, hombre.

Y Mélida repuso:

— No quería intervenir en la discusión, por dejaros en completa libertad de acción.

— Sin embargo, deseamos conocer tu opinión — le rogó el presidente.

Y Mélida continuó:

— Ya que a ello me obligáis, os diré sencilla y claramente que si a mí, por la labor que llevo hecha, me han dado en la Academia un sillón, a ese habrá que darle, a lo más, una banqueta; y si me apuráis mucho, diré que con una banqueta en la cabeza.

No hay que decir que, si no le dieron en la cabeza con la banqueta, sí le dieron con la puerta de la Academia en las narices.

CONGRESO INTERNACIONAL DE ARQUITECTURA

UNA VISITA A LA ESCUELA

I

¡Qué apuros los que debieron pasar los profesores de Arquitectura, allá por el año 1905, si mal no recuerdo, durante la celebración del Congreso Internacional de Madrid!

Pensaban, con razón, que, acaso por iniciativa de algún miembro extranjero, se propondría una visita de cortesía y de estudio a nuestra Escuela.

¿Cómo evadir el compromiso?

Si la visita se efectuaba, se sonrojarían, como buenos patriotas: se sonrojarían todos, todos menos el Estado, que es el menos patriota de todos. El Estado debe tener una piel de elefante o de hipopótamo, por lo que ninguna impresión, ninguna sensación suele reflejarse en su rostro.

Varias debieron de ser las soluciones propuestas. Pero ni un rastro de ellas hemos encontrado en el libro de actas. ¡Ah, si en él se consignara lo que se calla! ¡Qué libro tan instructivo y entretenido!

Por entonces terminábamos los estudios, y, ajenos a las preocupaciones de los maestros, nos suscribimos como miembros del Congreso y asistimos a todos los actos, menos a uno: al banquete de despedida, que costaba cincuenta pesetas.

¡Cincuenta pesetas, y en aquellos tiempos! ¡Hoy aquel banquete costaría doscientas, lo menos! ¡Qué darán! —decíamos—. ¡Mira que por cincuenta pesetas se podrá comer bien y abundante!



MADRID. — IGLESIA DE SAN JORGE.

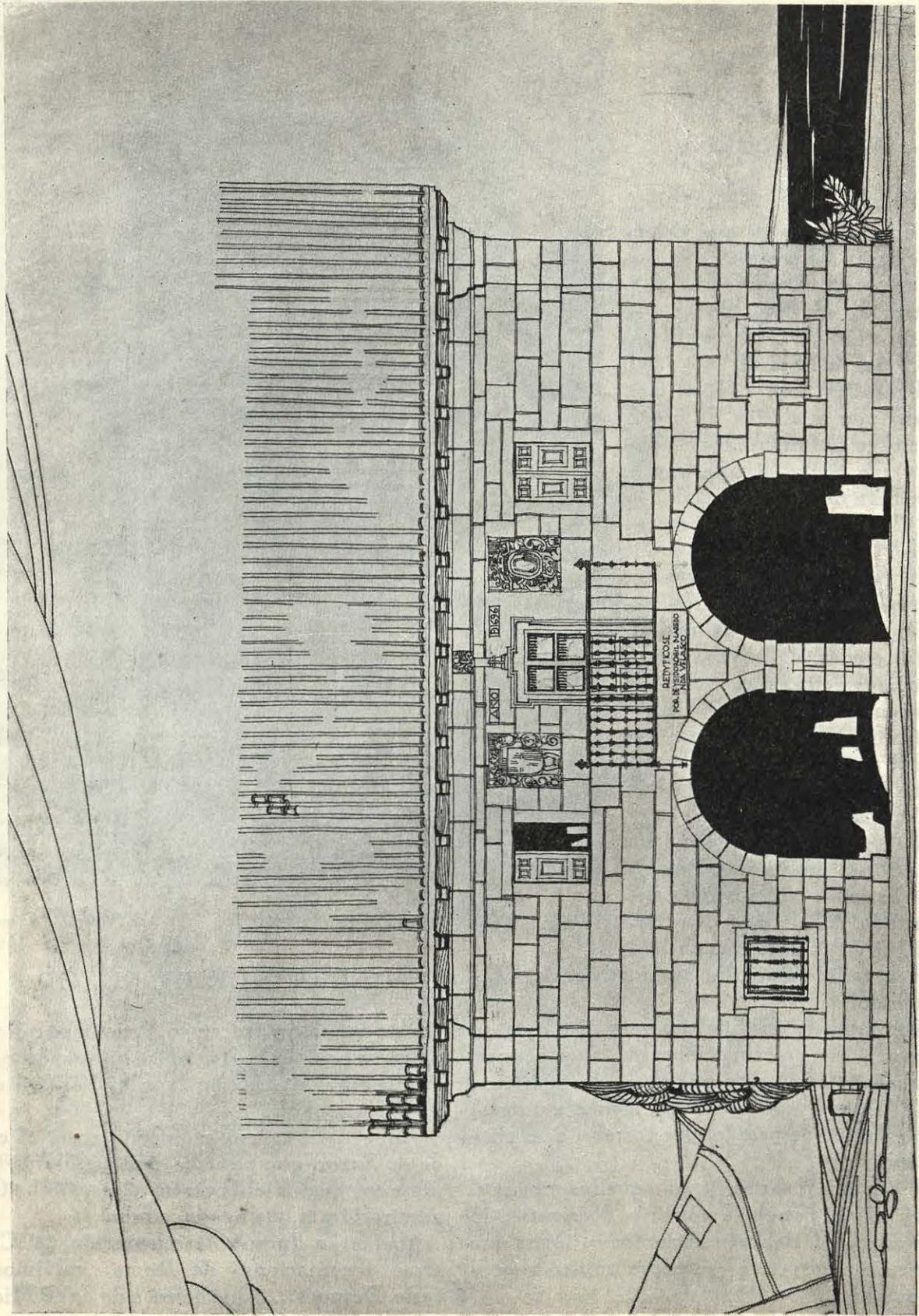
Fotografía Anasagasti.

EL CONDE DE SUZOR

Nos interesó y entretuvo. Asistimos con verdadera unción a la Asamblea, tanto por lo que en ella aprendimos, como por los días de asueto de que gozamos.

Aquel celeberrimo arquitecto ruso, el conde de Suzor, que hablaba una barbaridad de idiomas, llegó a chapurrear el español. ¡Qué admiración la que nos inspiraba!

Más tarde, durante la celebración del Congreso Internacional de Roma, volvimos a verle. Después... ¿Qué habrá sido de él? Miem-



CASA DEL CONDE DE LAGUNA TERMINOS, EN COLINDRES EL DE ARRIBA (SANTANDER).

bro de la Academia de San Petersburgo, adjunto a la Casa Real, ocupando los más altos puestos oficiales, ¿habrá sido víctima de los horrores padecidos en su país? Muchas veces le hemos recordado, con D. Ricardo, su entrañable amigo.

—Escribíame con frecuencia —nos decía el maestro Velázquez, antes de morir—; pero desde que estalló la revolución rusa, nada sé de él.

¡Qué lástima de hombre! Era la vida de los Congresos: su intervención, oportuna y sagaz; fijaba y definía las cuestiones. Con él no había asuntos oscuros, y las conclusiones eran sustancia suya.

En Roma le exponía a D. Ricardo los planes para la siguiente reunión en 1915, en Moscou, aprovechando no sé qué centenario de una Academia. Mas D. Ricardo, que temía al frío de aquellas latitudes, le expresaba sus temores. El conde le respondía que no temiese, que todo estaba bien dispuesto y que no sentiría los rigores de la baja temperatura. Que en el hotel tendrían excelente calefacción y todas las necesarias precauciones; y que fuera; porque no pisara la nieve, tendría a su disposición coches y trineos, mantas de piel que él mismo le pro-

porcionaría, y hasta un braserillo portátil para los pies...

No estaría aquí de más transcribir lo que entonces, en la revista *Arquitectura y Construcción*, de Vega y March, reseñamos en el número 232.

Se discutían en Roma los temas de Arquitectura moderna y el de la libertad profesional del arquitecto.

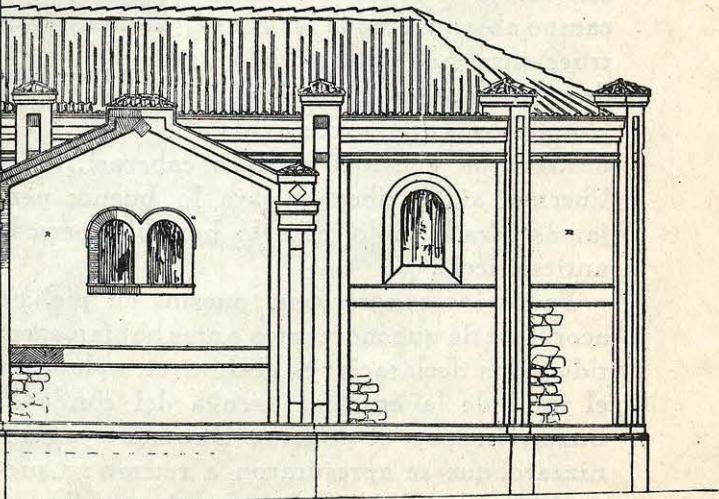
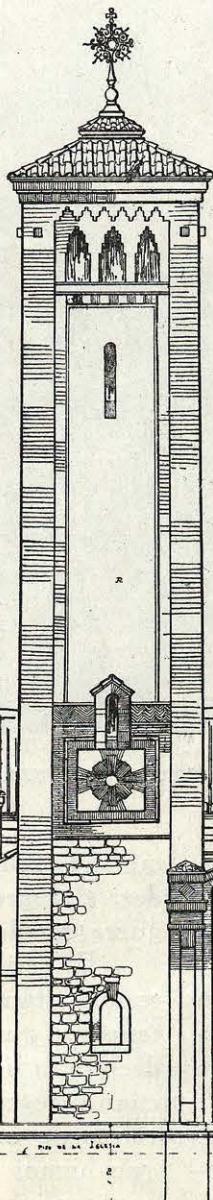
En la discusión del primero tomaron parte infinitos oradores, y nadie sabía por dónde se andaba, ni la conclusión que se iba a emitir, cuando el conde de Suzor recordó que en muchos de los Congresos celebrados se había planteado el problema de la Arquitectura moderna, sin haber llegado a resolverse.

—El arquitecto debe ser libre —añadía— para adoptar en cada caso el estilo más conveniente, sin preocuparse de formas y recetas elaboradas en estas reuniones.

Ante afirmación tan categórica, apoyada por la mayoría de congresistas, varios oradores, renunciaron de mal grado al uso de la palabra, sin haber podido explanar sus teorías, capaces de contener los extravíos modernos.

Esta vez la libertad vino de Rusia.

Cuando el día 5 se abrió la segunda sesión, flotaba aún en el ambiente el espíri-



MADRID. — ALZADO DE LA CAPILLA DE SAN JORGE.

Arquitecto: Anasagasti.

tu liberal de la anterior, y nada tuvo de extraño que, como resumen de la concienzuda y documentada Memoria de Louvet, ponente del Comité permanente, se dedujese «la libertad del arquitecto», es decir, que todo el mundo era apto para hacer arquitectura.

El respetable arquitecto Daument, presidente del citado Comité, hizo un resumen de los trabajos, para deducir la conclusión del ponente. Con grandes aplausos acogieron los congresistas las manifestaciones del decano, lo mismo que las aclaraciones de Cannizzaro.

—¿No puede haber —preguntaba éste — un individuo que, sin poseer el título de arquitecto, sea capaz de concebir y ejecutar una construcción bella?...

La teoría no podía ser más hermosa, e iba a procederse a su aprobación, cuando comenzó, más que a hablar, a gritar, en medio del salón, el conde ruso, el paladín de la libertad en la sesión anterior.

—¿Sabéis lo que vais a hacer? —decía, con las manos crispadas y los ojos inyectados en sangre—. ¡Vais a dejar el campo abierto a todas las construcciones horribles; vais a destruir la labor de todos los Congresos anteriores; vais a destrozaros vuestras mismas cabezas!... ¡La libertad, sí; la libertad para lo bueno; pero jamás para lo malo, para lo horrible, para lo antiestético!...

Todos los congresistas, puestos en pie, sin acordarse de que momentos antes habían asentido a las declaraciones de Louvet, aplaudían el final de la enérgica arenga del conde de Suzor, incluso el ponente Daument y Cannizzaro, que se apresuraron a retirar su proposición liberal.

Todos encontraron justísimas las manifes-

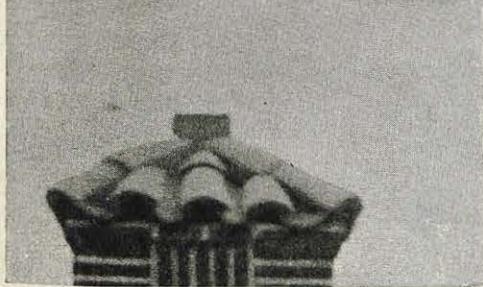
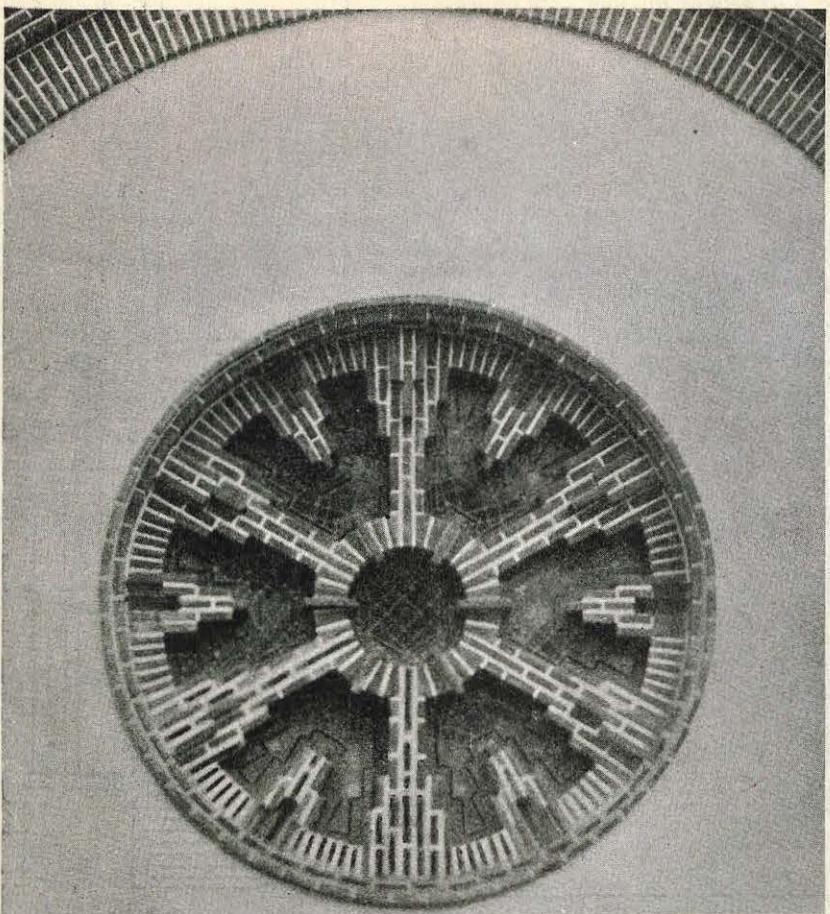


MADRID. — INTERIOR DE LA CAPILLA DE SAN JORGE.

Anasagasti.

taciones reaccionarias de la Rusia, y Bermúdez, el representante de la República portuguesa, me decía:

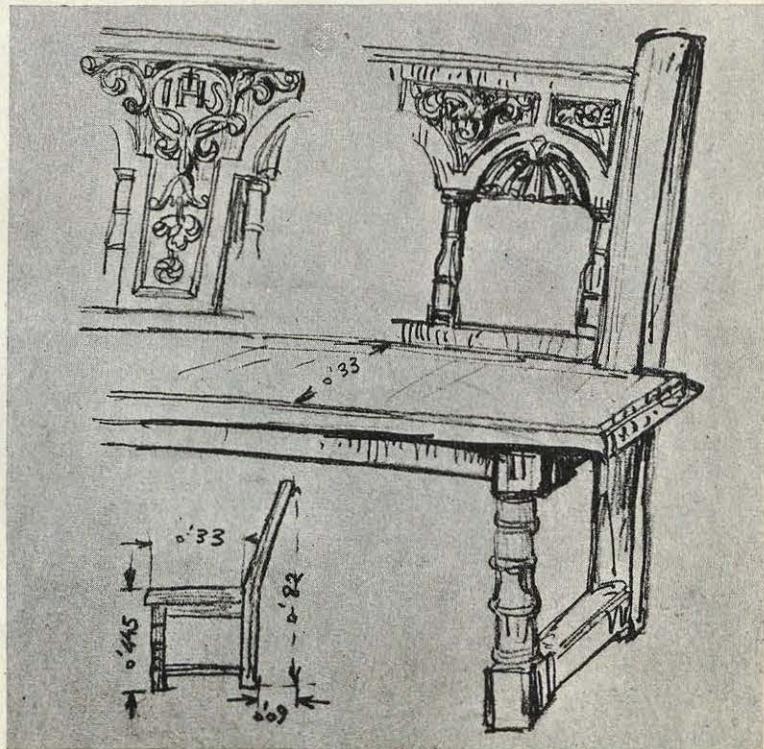
— En mi país hay seis millones de arquitectos..., tantos como habitantes, con quienes tenemos que sostener grandes batallas. Si se declara la libertad de nuestra profesión, yo, en cuanto regrese a mi tierra, les diré: «¡Señores: vengo de un Congreso de arquitectos, en el que hemos acordado que pueden construir cuantos puedan y quieran; sigan ustedes edificando, sigan, y... ustedes dispensen!»...



ROSA DE LA CAPILLA.

Pero volvamos de Roma a Madrid, en cuyo Congreso Internacional también tuvo intervenciones donosas.

Se alababa nuestro arte; se alababa sí, pero con una pedantería tal, que, descubría a los oradores su absoluta carencia de sensibilidad. Hasta el propio D. Adolfo alargó una cuestión, charlando en un francés que se inventó para su uso particular, y que excitó la hilaridad constante de la Asamblea...



BANCO SANTANDERINO.

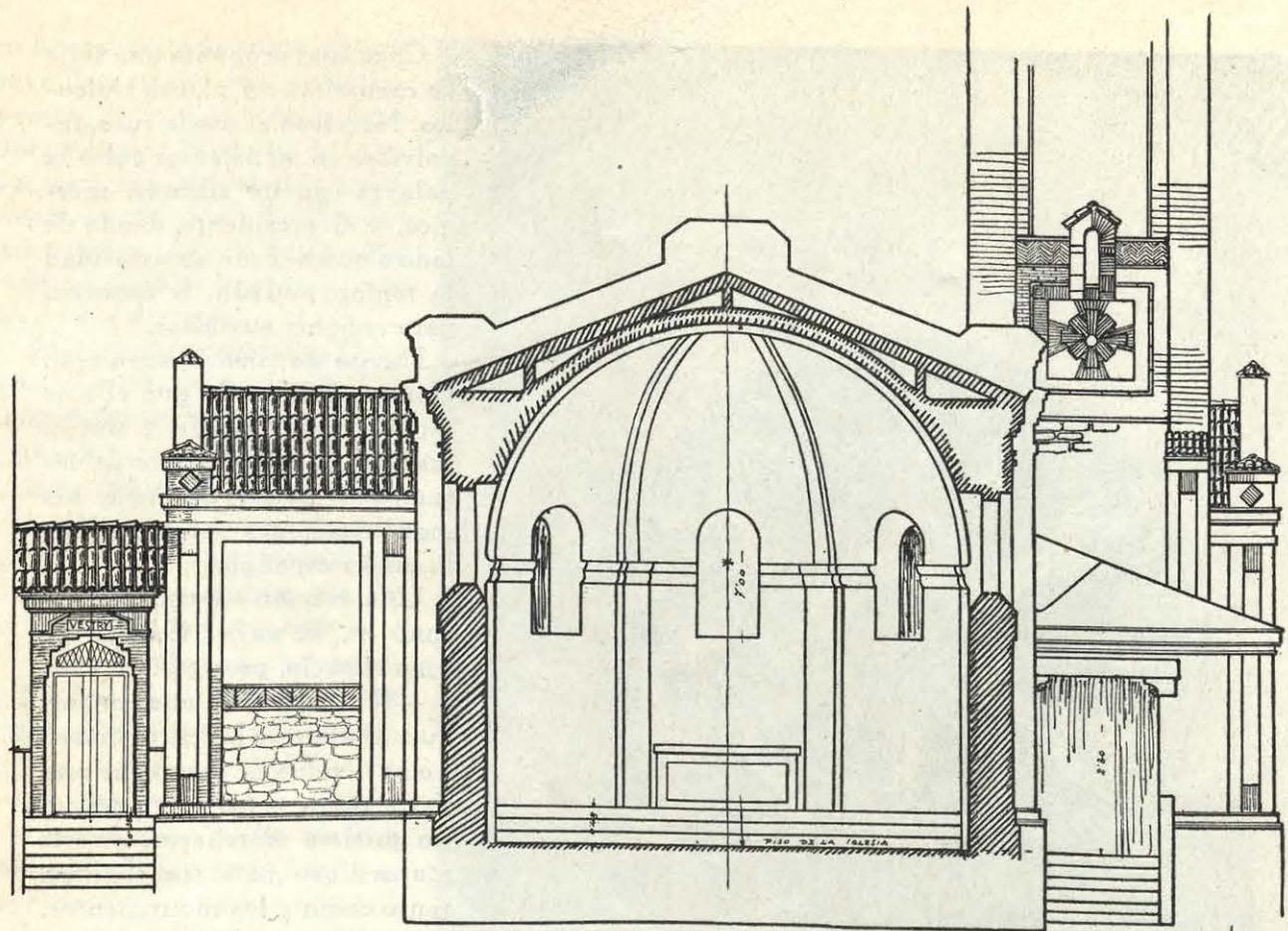
Cada cual proponía una serie de excursiones y planes ridículos. Nervioso el conde ruso, revolvíase en su asiento; pidió la palabra con un ademán enérgico, y el presidente, dando de lado a quienes con anterioridad la tenían pedida, le autorizó para exponer sus ideas.

Hízose un silencio sepulcral. Comenzó diciendo que el arte español era grande y único; mas que él creía que no debíramos olvidarnos de una de sus manifestaciones más excelsas: la mujer española.

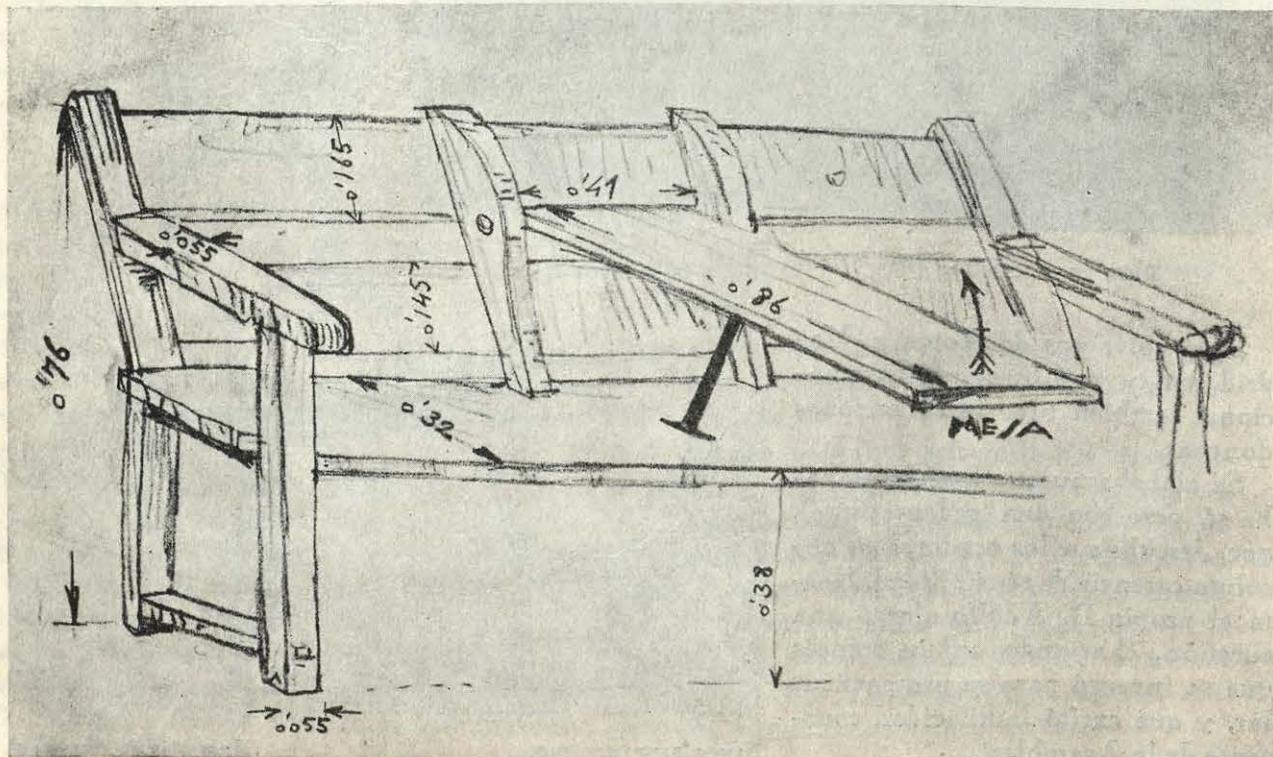
Una ovación estruendosa resonó en la sala. Cuando se hizo silencio, prosiguió:

—Ruego, pues, a mis amigos, que, al planear las excursiones, no se olviden de organizar una fiesta típica e íntima; pues yo no quisiera marcharme de este maravilloso país sin conocer, tanto como a los monumentos,

Anotación de Anasagasti.

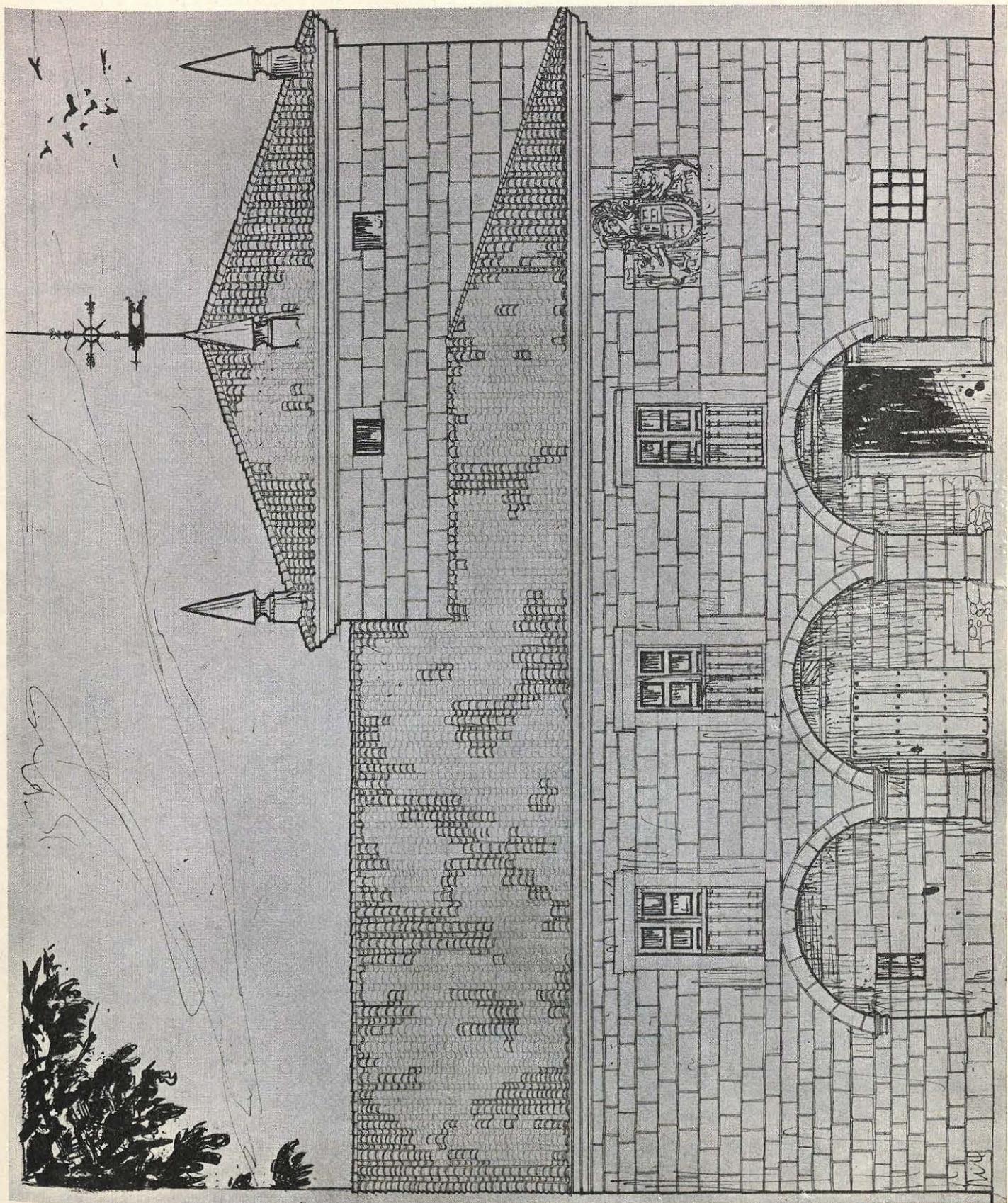


INTERIOR DE LA CAPILLA INGLESA.

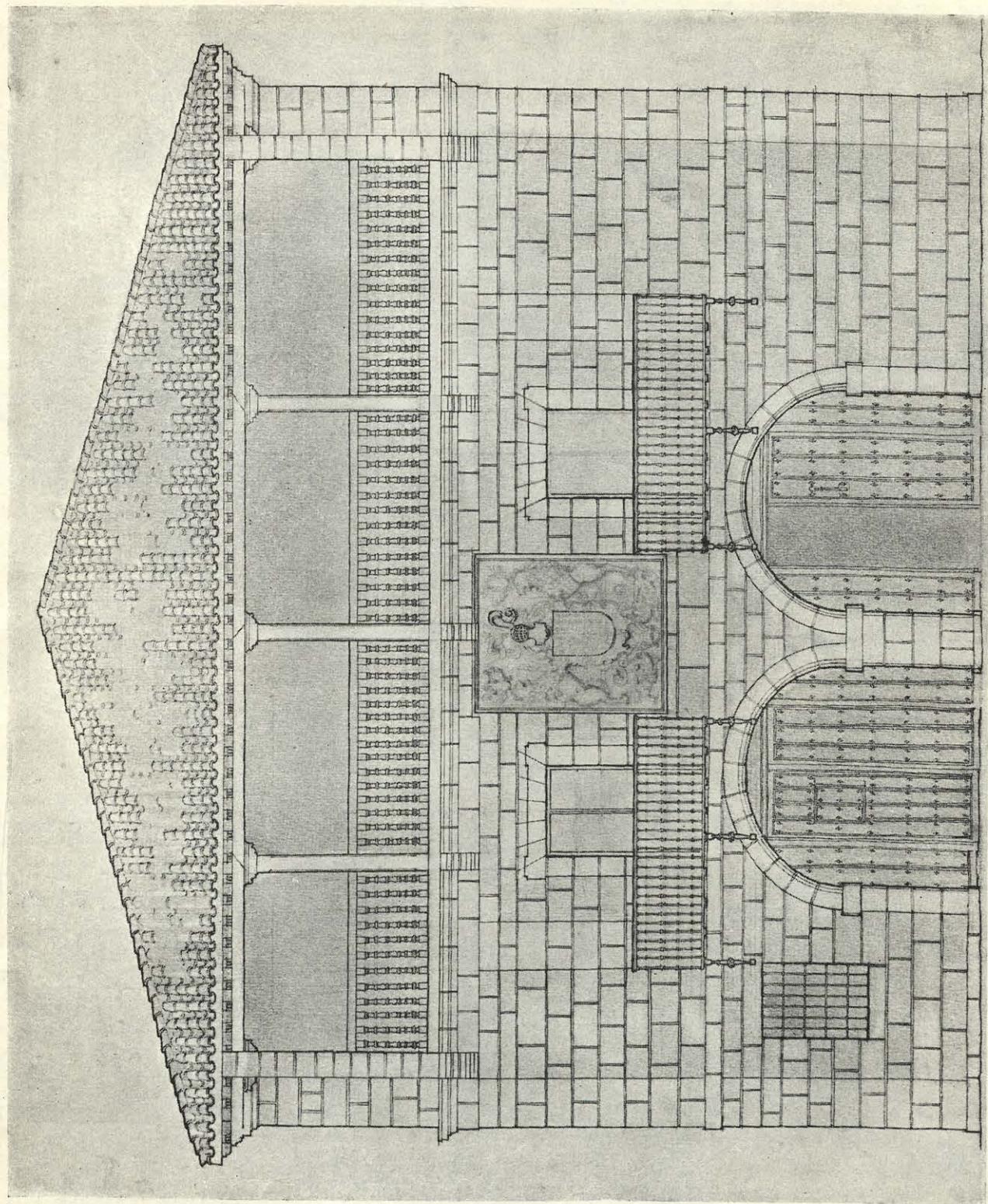


BANCO CON MESA PLEGABLE, DE SANTANDER.

Anasagasti.



CASA TÍPICA DE ALCEDA (SANTANDER).



SANTILLANA DEL MAR (SANTANDER). CASA DE LOS TAGLES.

a la mujer española... No le dejaron terminar; le rodearon los asambleístas, y allí terminó la jornada, con buen sabor de boca.

En otra reunión el presidente anunció que, en el siguiente día, domingo, por la tarde, los asambleístas visitarían el Palacio Real con todo detenimiento, aprovechando la oportunidad de que la Real Familia se ausentaba.

Conformes todos, al parecer, cuando el conde se levantó airado. Tenía temperamento meridional.

— El Palacio Real —dijo— podemos visitarlo cualquier día; pero todos los días no hay corridas de toros; y mañana, el único domingo que me queda en vuestro país, quiero aprovecharlo para ir a la Plaza, que también es digna de nuestra atención y estudio.

Y no hubo más remedio que aplazar la visita regia. En la Plaza de Toros, al día siguiente, aunque el libro de actas no lo dice, se celebró una de las reuniones más pintorescas de aquel Congreso.

II

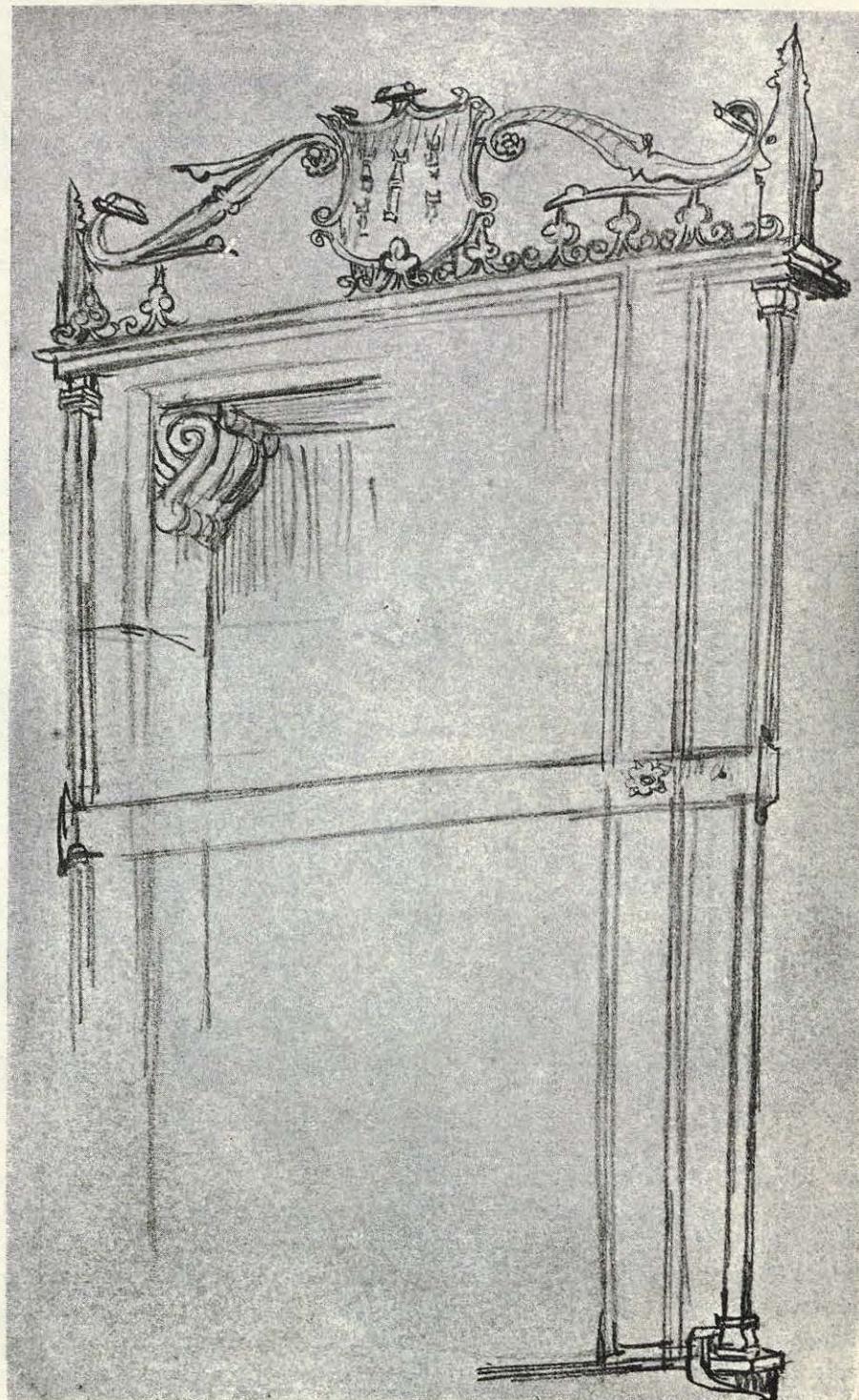
LA VUELTA A LA ESCUELA

Hablando del conde de Suzor, hemos querido rendirle un recuerdo de simpatía, y esto nos ha desviado un poco del camino emprendido en el comienzo de este relato.

Se clausuró el Congreso, con no poca pena de

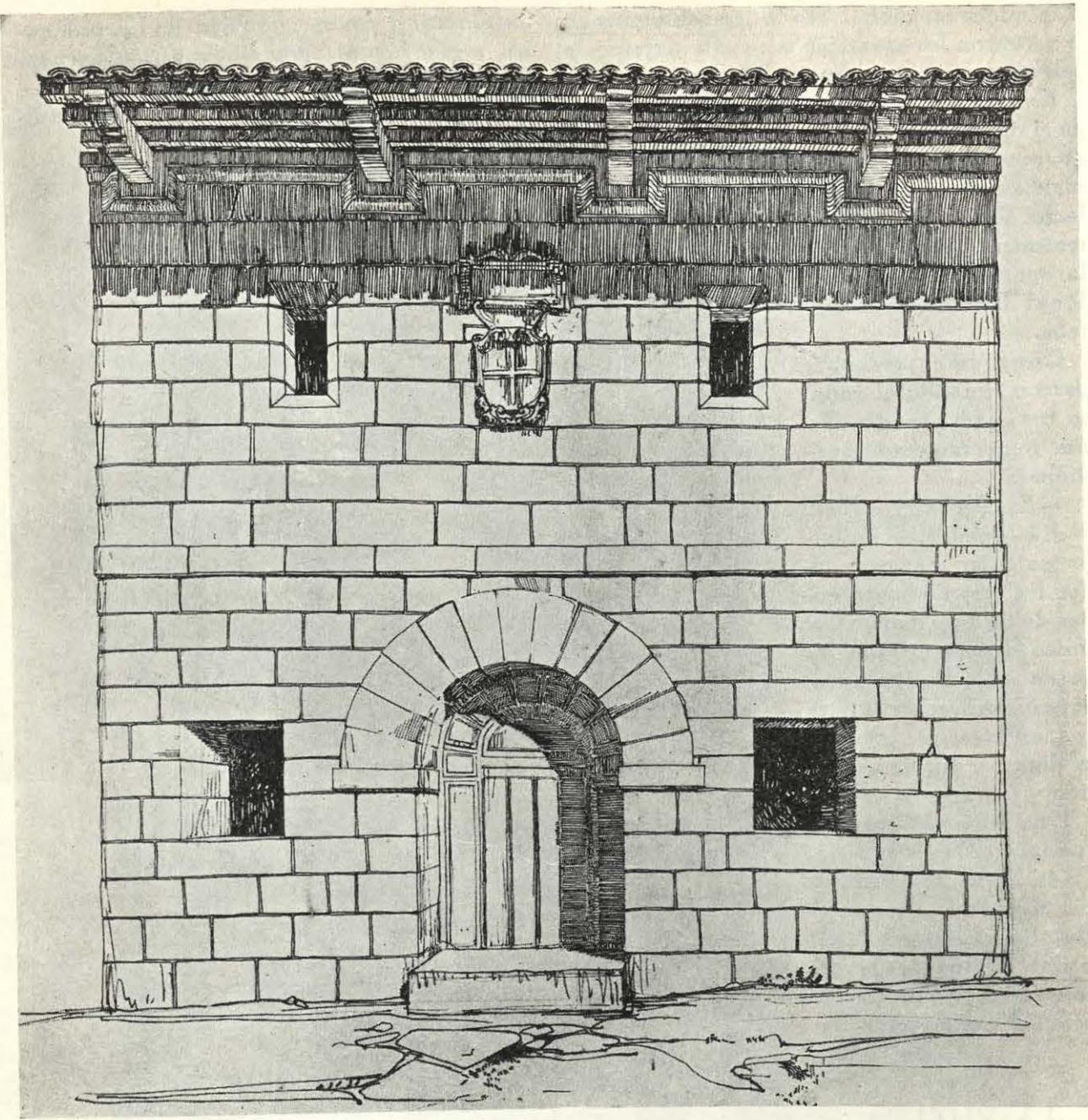
los alumnos, y acaso también de los profesores, según hemos aprendido más tarde, cuando los años nos llevaron a regentar una cátedra.

Y el primer día de clase, cariacontecidos, fui-



REJA DEL PALACIO DEL MARQUÉS DE SANTA MARTA EN TRUJILLO.

Croquis de Anasagasti.



CASA SANTANDERINA.

mos al caserón inmundo de la calle de los Estudios.

Mas ¿qué era aquello?... ¿Se hundía la Escuela?... ¿Estaban de obra?... ¿Qué significaban aquellos andamios?...

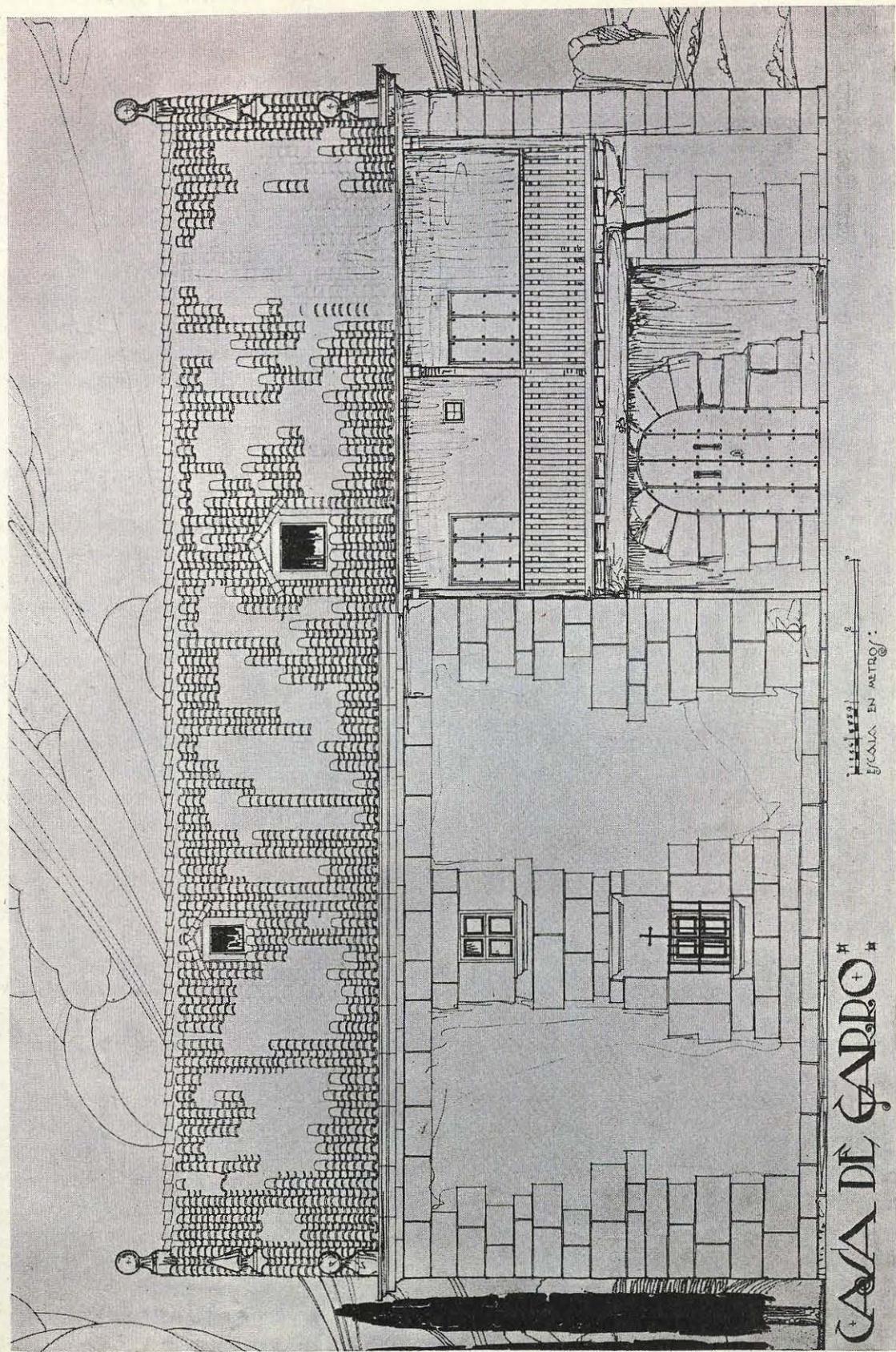
El guarda de la obra no nos dejó pasar. Tal era la consigna rígurosa.

Luego lo supimos todo. Todo aquel made-ramen que habían colgado en la fachada de la Escuela, se puso para simular una reforma...

Uno de nuestros compañeros ostentaba aún, en el ojal de la americana, la insignia del Congreso. ¡Claro! ¿Cómo nos iba a dejar entrar el guarda, si precisamente la orden que le habían dado era que no pasase nadie que luciese la insignia de congresista?...

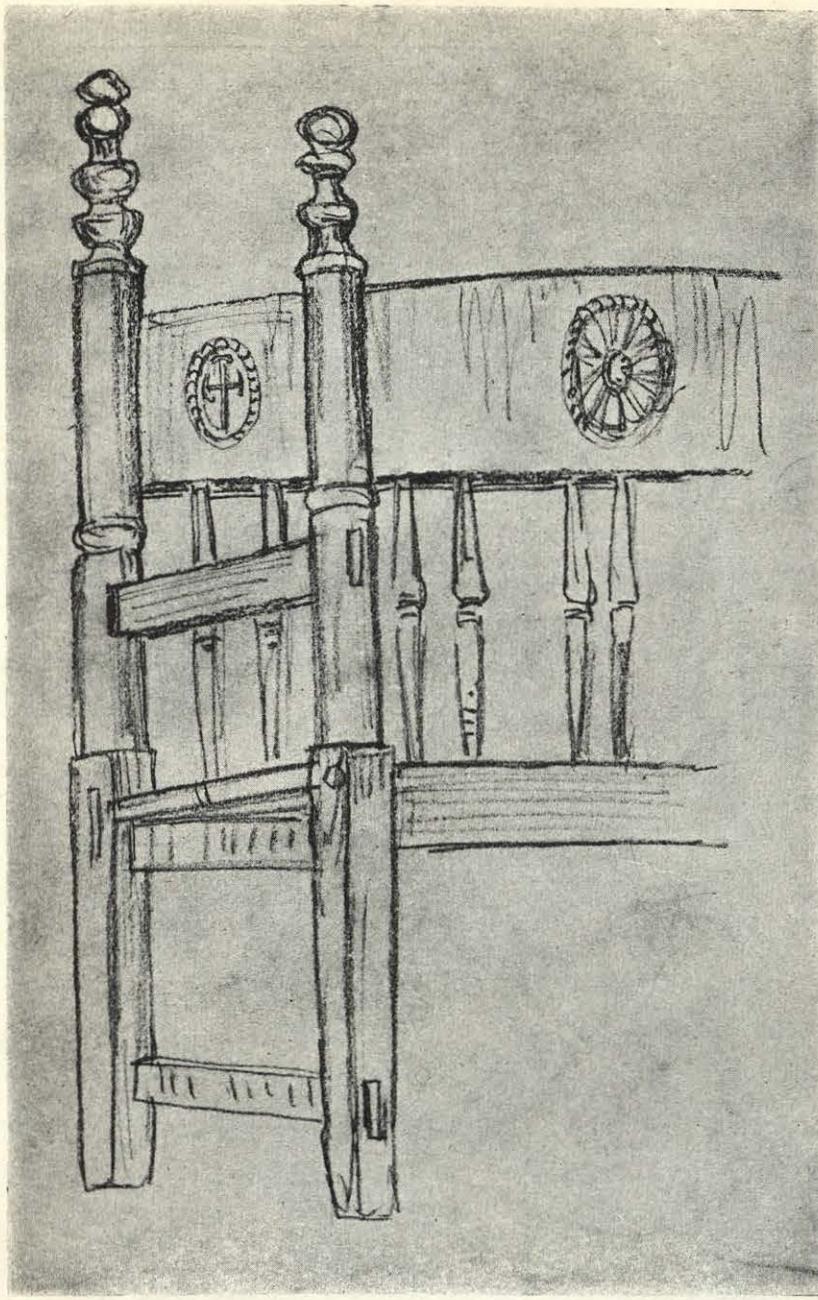
¿Conocería la estratagema el conde ruso? Probablemente, sí, dada la grandísima amistad que le unía a Velázquez.

¡Ay, si algún congresista llega a proponer



CASA DE CARDO

ESTÁNDAR
EN METROS:



BANCO DE COCINA (SANTANDER).

Esquema de Anasagasti.

la visita a la Escuela! ¡Cómo le hubiese puesto el conde!

Si, andando el tiempo, vuelve a reunirse en Madrid otro Congreso Internacional — como tenemos la seguridad de que la Escuela continuará tan destortalada y tan indecorosa como entonces, y como ahora, o acaso más — tomen nota de la estratagema del andamiaje los que en lo venidero se hallen al frente de la misma. Al fin es un recurso ingenioso, del que podrán

servirse; y agradézcanme el servicio que les presto, dándoles noticia de lo que en ninguna parte se ha consignado hasta este momento.

* * *

El Congreso Internacional, el de Roma, de 1911, merece otro capítulo. En él, España hizo un desdichado papel, por culpa de un arquitecto, que nombraremos. Esta relación, verídica, como todas las de este libro, no debe olvidarse.

EXAMEN DE HISTORIA

Con decirles a ustedes que le llamábamos *Tarugo*, podrán suponerse cómo era nuestro condiscípulo, y los puntos que calzaría.

En todos los exámenes, sudaba la gota gorda. A tropezones, aquí un suspenso, y allí otro, aunque con mil fatigas, iba acabando la carrera.

Como todos los hombres de pocas luces, era muy desconfiado; un escamón, como suele decirse. Y, a veces, sospechando que la pregunta más inocente del Tribunal encerraba algún doble sentido, daba lugar a la hilaridad de cuantos presenciaban sus ejercicios.

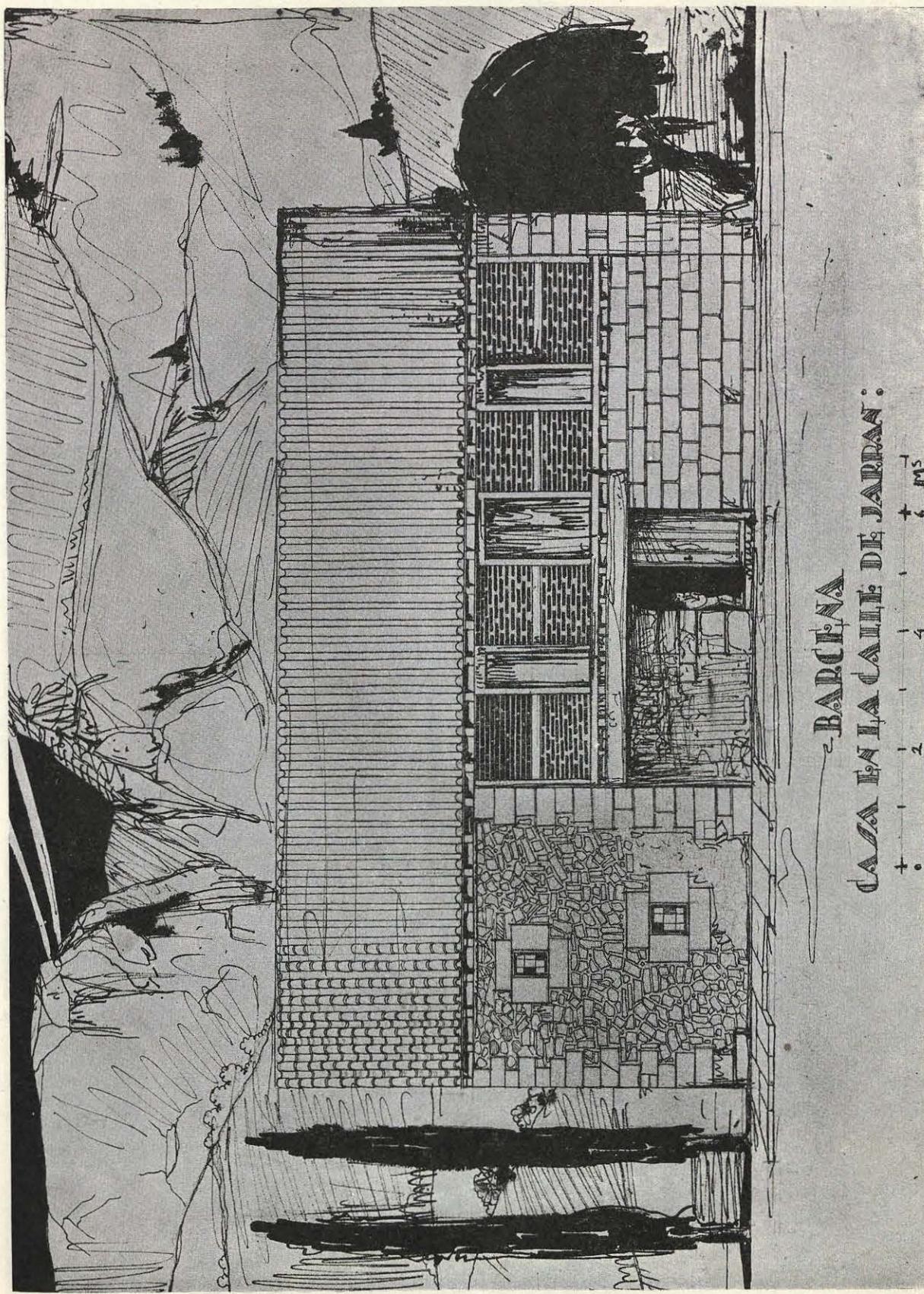
Salía muy contristado del examen de Historia de la Arquitectura, cuando sus camaradas se le acercaron preguntándole:

— ¿Qué tal, chico?

— ¡Muy mal — respondió —, me parece que me suspenden! Me ha tocado *Basilicas Cristianas*, y Velázquez me ha preguntado con intención: — ¿Dónde se colocaban los catecúmenos?

A lo que uno le respondió:

— ¡Tienes razón! ¡Te catean! ¡Mira que mentarte a ti los catecúmenos...



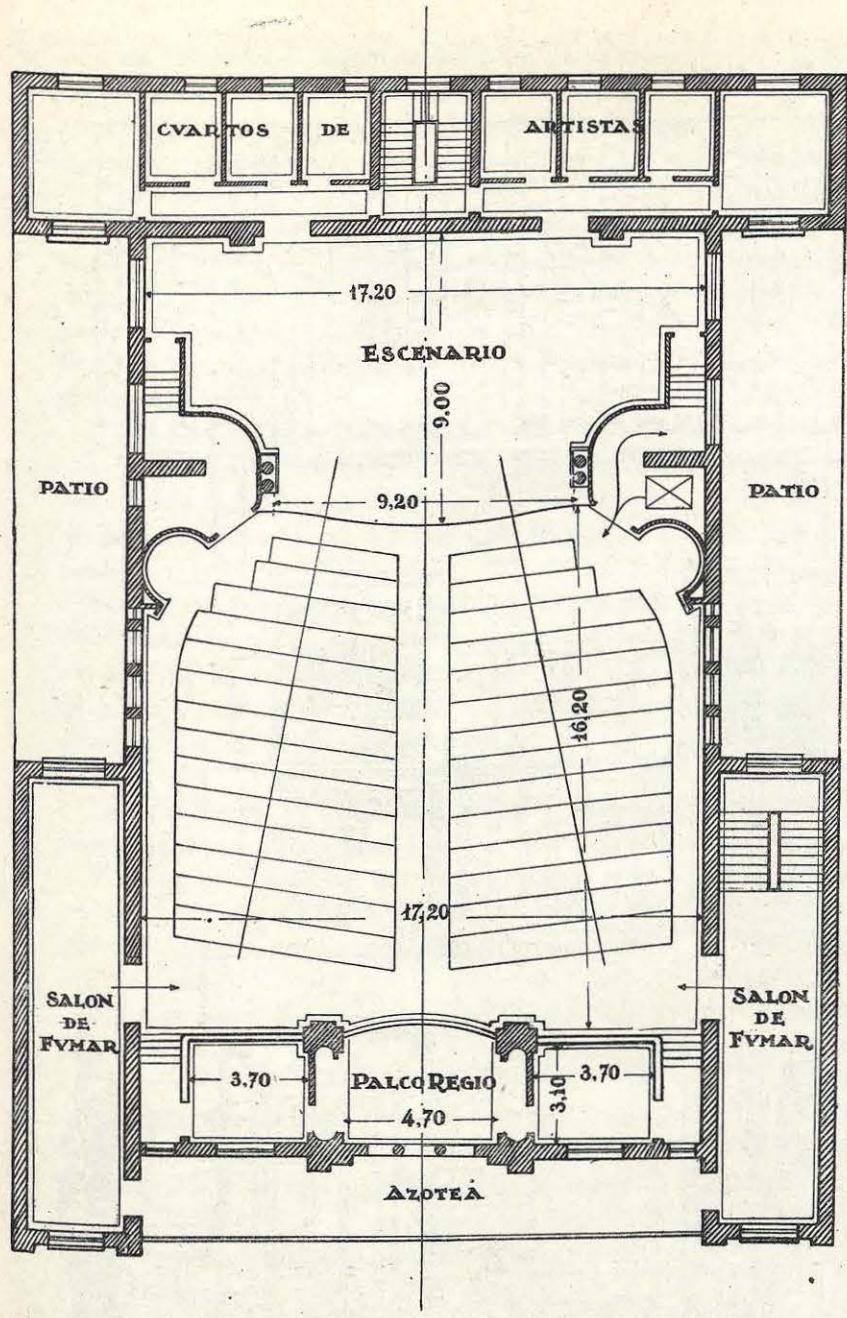
BARCELONA
CASA EN LA CALLE DE JARRA:

1 2 3 4 5 6 ms



LA INCOMPARABLE PLAZA DE TRUJILLO, CON EL TABLADO DE LA CAPEA DE TOROS. AL FONDO LAS TORRES MEDIEVALES.

Fotografía Anasagasti.



TEATRO A B C, DE PRENSA ESPAÑOLA.

Proyecto del arquitecto Anasagasti.

OPOSICIONES

En unas oposiciones para las plazas de pensionados en la Academia Española de Bellas Artes en Roma, un candidato pintor, describiendo la indumentaria de los griegos, dijo:

— Los griegos vestían una especie de chaleco con mangas...

(Esto no obstante, obtuvo plaza.)

LOS PILARES DE LA ESCUELA

Aquel año se llegaron a conseguir unas pesetas para adcentar el plantel de arquitectos. Se arregló el portal y se forraron dos pies derechos de madera. Unas molduras de yeso les dieron aspecto de soberbios pilares, acaso demasiado robustos. Con tales aditamentos se redujeron los espacios libres que había entre ellos y los muros.

Por uno de aquéllos, el de la izquierda, al entrar, se solía acceder a la escalera antes de la reforma. Después ha quedado demasiado angosto el paso.

Como estas reformas coincidieron con la memorable escabechina que hubo aquel curso en los exámenes de dibujo de la preparación, los muchachos, comentando la obra del portal, decían que habían reducido el paso para dificultar aún más el ingreso en la Escuela.

¡LÁSTIMA!

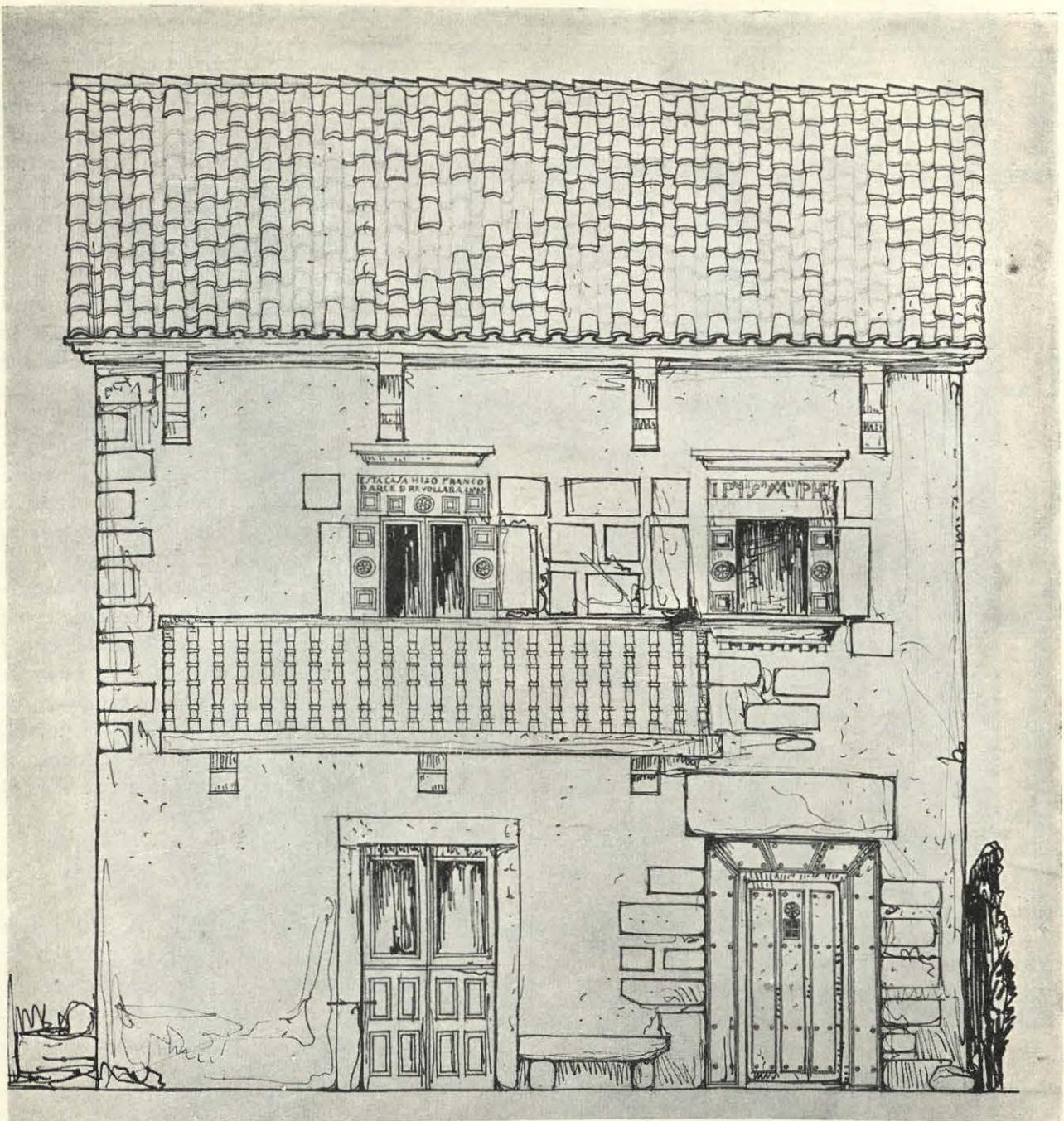
— ¿Cuánto le ha dicho don Juan que quiere gastar en la reforma de su casa?

— Sesenta mil pesetas; doce mil duros, justos y cabales. Aquí tengo los cheques tuyos. No da ni una peseta más.

— Poco me parece; la casa está destortalada. Bueno: esos doce mil duros serán sin las lástimas de la obra.

— No entiendo, amigo Belmont; ni en todo Haro hay quien lo entienda. ¿Qué quiere decir eso de las lástimas? Explíquese.

— Muy sencillo: que empezaremos la obra; irá muy bien al principio, hasta que nos encontremos con unos maderos carcomidos. «¡Es una lástima dejarlos!», dirá D. Juan; y habrá que cambiarlos. Luego surgirá otra cosa, otra



SELAYA (SANTANDER). CASA DE CAMINO.

lástima, tal como dejar en pie la escalera, tan vieja; y, de lástima en lástima, una rogativa entera, llegaremos Dios sabe dónde.

Tenía razón Belmont. ¿Habéis visto alguna obra de reforma sin lástimas? Unas más, otras menos, todas las tienen; pero, ¡ay!, las peores son aquéllas en las que, más que la obra, queda el dueño hecho una lástima.

DOS CLASES DE ARQUITECTOS

Así como entre los artistas cómicos hay unos que trabajan concienzudamente, con arreglo a las buenas prácticas, y otros que sólo cuidan del lucimiento personal, sacrificando la obra y su papel, también entre los arquitectos tenemos dos clases.

Unos, los buenos — y, por tanto, los me-

nos en número —, construyen para el propietario, procurando gastar lo menos posible, como si el dinero empleado fuese propio. Estos merecen todas las alabanzas.

Otros, que son los más, construyen pensando en su lucimiento particular a costa del dueño, que tuvo la mala ocurrencia de encargarles el trabajo, y para nada se preocupan de la situación en que dejan al cliente. Para éstos nuestras censuras.

Los primeros, los que miran los intereses del cliente como suyos propios, son los que se disgustan en las obras, porque todo lo toman a pecho.

Los otros, los que para nada se preocupan del dueño, si no es para sacarle cuanto tiene, arruinándole, no se disgustan por dificultad, tropiezo, incidentes de varia naturaleza, que, con frecuencia, brotan en las obras.

Los primeros, se disgustan ellos; los segundos, disgustan al cliente.

Ya hemos dicho de parte de quiénes están nuestras simpatías; pero ahora hay que preguntar quiénes son los que mejor quedan como arquitectos.

No hay para qué recordar que al honrado y estudioso ni se le alaba ni se le agradece.

Tampoco es necesario hacer constar que la víctima del arquitecto manirroto, la familia y los amigos, le ponen al desaprensivo como se merece.

Pero ¿el gran público? ¿Cómo les considera, en general, el público?

El público, de cuya fama vive y medra el artista, no suele estar al detalle de muchas cosas; no conoce la trama, y pone de vuelta y media al primero, criticando su sordidez espiritual y su carencia de inventiva. En cambio, engrandece al segundo, alabando su fantasía creadora, su exuberancia inútilmente prodigada.

Muchas veces pienso si estaré equivocado; si será mejor arruinar a unas cuantas familias para cimentar sobre ellas mi nombre.

¡VENGA MI TÍTULO DE ARQUITECTO!

No se ofenderá el buen amigo Félix Cabello, que está regentando tranquilamente en Córdoba la plaza de arquitecto municipal y diocesano, si contamos lo que le ocurrió al terminar los estudios.

Muy ufano, como todo el que ha logrado llegar hasta el fin, corrió a sacar el título.

Todos hemos pasado nuestros apuros: no se le habrán olvidado los suyos al buen amigo.

El oficial de Secretaría, Tapia, un hombre tan bueno como gordo, le hizo la relación de los documentos requeridos; entre otros, la partida de nacimiento. Y Félix salió por ellos.

En el Registro Civil, donde encargó la copia del certificado, le dijeron al siguiente día que su partida no aparecía en ninguno de los libros.

— ¿Qué dice usted, hombre? — preguntó, asombrado, Félix.

— Pues, lo que usted oye: que no aparece aquí la inscripción.

— Pero ¿cómo es posible?

— No le puedo dar más explicaciones; que no está, o que no la encuentro a su nombre.

— ¡Me han partido! — nos decía.

Expuso el caso al oficial de la Secretaría de la Escuela; pero ni éste ni nadie acertaba con la solución.

El padre del amigo juraba que había hecho oportunamente la inscripción; pero eran vanos sus alegatos. La partida no constaba. Alguien le indicó que hiciese una instancia al ministro.

— ¡Claro! — Y cómo la va a firmar — añadió un tercero —, si no existe? — Si oficialmente no existe; si no es ni ciudadano español! ...

— ¿Cómo que no? — ¡Español, muy español, y madrileño, a mucha honra! — repuso Félix.

Aquello no llevaba trazas de arreglarse.

— ¡Esto es de lo más chusco! — comentaba el pobre muchacho. — ¡Tantos años estudiando, y ahora resulta que no existo! ... ¡O lo que es peor, que todos los aprobados se los han dado a un ser imaginario! ...

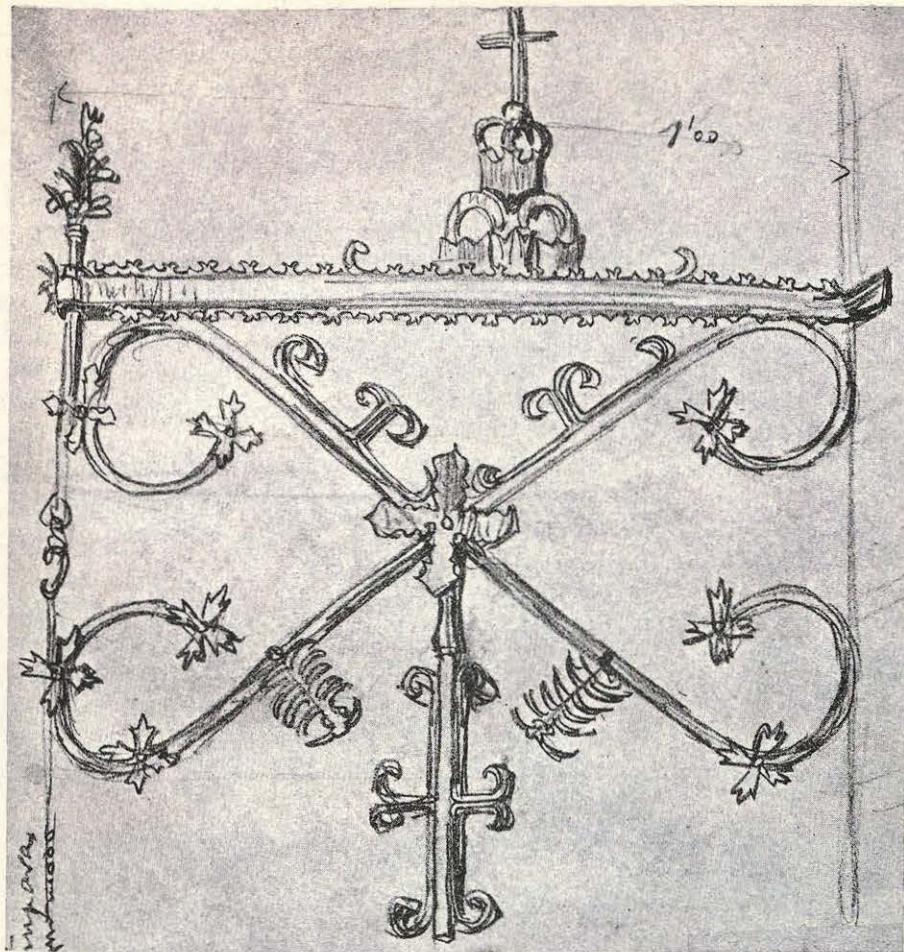
— Y los suspensos — añadió un tercero.

— ¡Esos los cedo de buen grado! — contestó Félix.



CASA DE CORREOS DE MÁLAGA. INGRESO. CONSTRUCCIÓN DE MAMPOSTERÍA ORDINARIA Y LADRILLO CORRIENTE AL DESCUBIERTO.
(EL AUTOR PROTESTA DE LOS FAROLEOS PUESTOS POR LA ADMINISTRACIÓN AL HACERSE CARGO DEL EDIFICIO.)

Arquitecto Anasagasti. — Fotografía Aldeanueva.



PORTALÁMPARA DE HIERRO, MAGNÍFICO EJEMPLAR DE ARTE POPULAR.
SANTA MARÍA LA MAYOR (TRÉJILLO).

Anotación de Anasagasti.

— ¡Vamos, que si ahora te hiciesen estudiar de nuevo la carrera!...

Un día nos comunicó muy ufano que ya se había arreglado el conflicto. Y añadió:

— ¡Lo que es mi desgracia! ¡Como si los queridos profesores me hubiesen tenido pocos años a su vera, la mala pata del Registro Civil me alarga aún más la carrerita de obstáculos!

PARENTESCO DE LO SUPERFLUO Y LO SALVAJE

Gastos empleados en el afeamiento titula John Ruskin a una de las partidas más considerables de los presupuestos, de las que dice:

«Adornos que se miran con la complacencia salvaje que lleva al indio a contemplar sus tatuajes.»

Adolfo Loos, el ultra-moderno arquitecto austriaco, emplea y redondea también en sus manifiestos el símil del salvaje. Así se expresa:

«A medida que la cultura se desarrolla, disminuye la importancia del ornato. El papú cubre de ornatos todo lo que cae en sus manos: su arco, sus remos, lo mismo que su cara y su cuerpo. Entre nosotros es signo de degeneración que no se encuentra más que entre los criminales y los aristócratas perturbados.»

EL ÚLTIMO CURSO DE ESTEVE

Aquella promoción no se distinguía precisamente por lo estudiosa.

La enfermedad que acabó llevándole al sepulcro al buen profesor, iba minando su naturaleza por aquel entonces. Hasta en clase sufría desvanecimientos.

¡Pobre Esteve! ¡Qué excelente profesor, qué gran arquitecto, qué bellísima persona!

Exigía, suspendía mucho; pero todos le queríamos y admirábamos. ¡De qué pocos profesores podemos decir otro tanto! Le queríamos, aunque nos chillase; pues, aun riñéndonos, era cariñoso, paternal.

¿Cuántos hemos tenido como él?...

A los tiranos, ni el uno por cien mil de sus alumnos les guarda grato recuerdo; y alguno danza por este libro como se merece.

¡Justicia a los buenos!

Hay suspensos y suspensos: suspensos justos, que ni el interesado los lamenta, pasado el amargor; pero otros suspensos, ¡cómo se maldecen!

En la sala de profesores se lamentaba Esteve de la gentecilla que aquel año tenía en la clase

de Resistencias; el último en que explicó dicha asignatura.

— No sé qué pasa — decía —, pero cada vez noto que los muchachos son más torpes y que estudian menos. ¡Qué buenos estudiantes los de antaño!...

— Está usted equivocado. En clase tiene usted chicos excelentes. ¡Los muchachos son siempre los mismos, D. Luis!... ¡Los que cambiamos somos nosotros!.., ¡Cada vez más viejos, más achacosos, más irritables, enseñando peor!...

Esteve no cedía; no se daba por convencido. No se daba cuenta de que su privilegiada inteligencia comenzaba a nublarse; que ya no era, que ya no sería el que había sido...

Llegaron los temidos exámenes. Esteve, muy nervioso, daba puñetazos en la mesa del Tribunal:

— ¡Jinojo!... ¡Jinojo!...

En el ejercicio teórico eliminaba a los que no podían pasar al práctico. ¡Aquellos era espantoso! ¡Cuántos se presentaban, caían! ¡Qué listas aquéllas! Listas negras, las llamaban los muchachos.

El cuarto día de exámenes sólo se entretuvo con tres alumnos. A los tres les dió un recorrido completo de la asignatura de cabo a rabo.

Los examinandos salían con el rostro pálido, las manos llenas de yeso y el traje también blanco. El que no parecía un cadáver, parecía un agonizante. De los tres, salváronse dos, los alumnos Muguruza e Illanes, que pasaban al examen práctico.

Las enhorabuenas, los vivas y las palmadas a los triunfadores resonaban en el abovedado pasillo.

Esteve, cuando oyó aquel ruido, se levantó furioso y se aproximó al grupo de alborotadores. Y con voz temblorosa les emplazó:

— ¿Con unos exámenes tan deficientes estáis recibiendo enhorabuenas?... ¡Ya veremos! ¡Las enhorabuenas, mañana, cuando se termine el ejercicio práctico!...

Los muchachos quedaron atónitos, y más pálidos de lo que salieron.

¿Habrá necesidad de decir que, con tal pánico, los ejercicios del día siguiente estuvieron plagados de errores?

Sin aguardar el resultado, sin querer conocer la calificación del examen, se fueron directamente a la calle con los bártulos de dibujo, las tablas de Altos Hornos y demás chismes. ¿Para qué esperar? ¡El resultado estaba descontado!

Sonó el agorero timbre del tribunal y el *Obtuso* entró por la lista. A poco salió diciendo en alta voz:

— ¡Dos aprobados!... ¡Aprobados los dos!...

Entre los compañeros que allí se encontraban se oyó en seguida que preguntaban:

— ¿Dónde están?...

— ¿Dónde se han ido?...

— A la calle?...

— ¡Corramos a buscarles!...

Los hallaron en los veladores de fuera del Henar, donde, ostentando orgullosos los útiles de dibujo, se habían puesto a refrescar. Allí recibieron la grata noticia.

De pronto, puestos en pie, saludaban, sombrero en mano, a Esteve, que llegaba. Quien, acercándose al grupo, y como arrepentido del mal rato que hizo pasar a los examinandos, les preguntó cariñosamente:

— ¡Sentaos! ¡Sentaos! ¿Se os ha pasado el susto?...

Así era de bueno y cariñoso.

LA ESCALERA DEL MINISTRO

De muchos edificios hemos oído decir que se construyeron sin escalera por distracción inexplicable del arquitecto encargado de su dirección. Y la historieta rueda por muchas localidades, en las que se da por verídico el lance.

Un viejo compañero, poco amigo del lápiz y el papel, está acostumbrado a trazar sobre el terreno los planos. El bastón, con el que raya sobre la tierra, le sirve de tiralíneas; con él señala el ancho de las crujías, y a levantar la casa.

Cuando ya van brotando los muros, el maestro encargado de la obra le pregunta:

— Oiga, don... ¿Dónde metemos la escalera?

— ¡No se apure usted — le replica el técnico —; siga usted construyendo, y ya lo veremos, más adelante, dónde conviene que vaya!...

* * *

Del Ministerio de la Gobernación, y de otro edificio madrileño muy próximo al mismo, se

da como seguro que se acabó de construir sin escalera.

Yo me inclino a creer, con respecto al Ministerio, que se le habrá achacado este sambenito al arquitecto, por haberla situado lateralmente y en una forma muy humilde.

Nada he podido averiguar en este sentido, por lo que hace a la escalera principal del mismo; pero de una excusada he oído decir lo que sigue:

Hace unos años, bastantes, un ministro de aquel departamento encargó al arquitecto Jareño la construcción de una escalera particular.

La empresa, para el arquitecto que recibió el encargo, no era fácil de realizar, por el menguado espacio de que se disponía.

Mas el ministro, que no se dió cuenta de las dificultades que el arquitecto tuvo que vencer, censuró duramente al arquitecto por el trazado que había dado a la escalera en cuestión, y, sobre todo, por sus tramos angostos.

El rumor de las quejas llegó a oídos de Jareño, sujeto de malas pulgas, que así contestó

a los que le dieron noticia del disgusto de Su Excelencia:

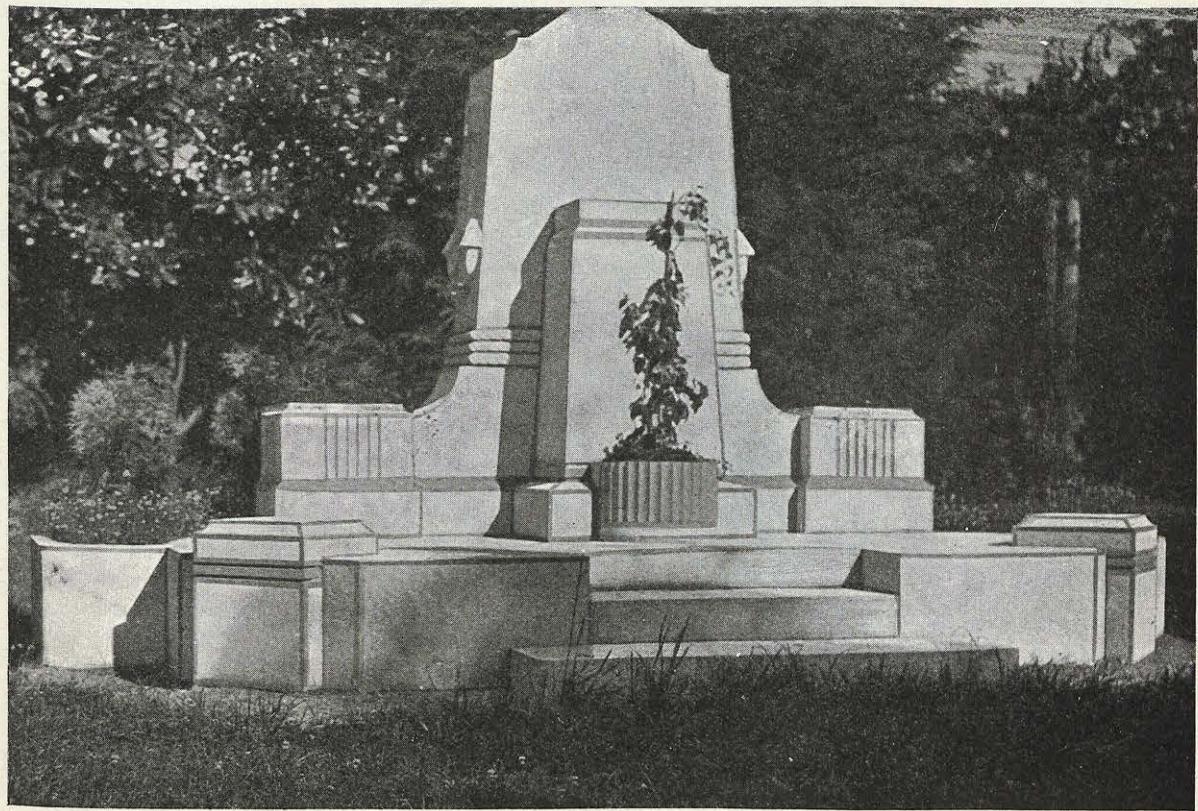
— ¿Con que estrecha, eh? ¡Ya me lo explico! ¡Es que el señor ministro lleva en la cabeza unos atributos tan enormes, que le imposibilitan andar por las angosturas!

Cuentan que la frasecita obtuvo un gran éxito cuando fué conocida, y que se divulgó rápidamente por la corte. Y, como no podía menos de suceder, le costó el cargo al arquitecto.

Y no sólo al arquitecto: la misma suerte corrió un portero, que, con la mayor inocencia del mundo, le dijo al consejero de la Corona:

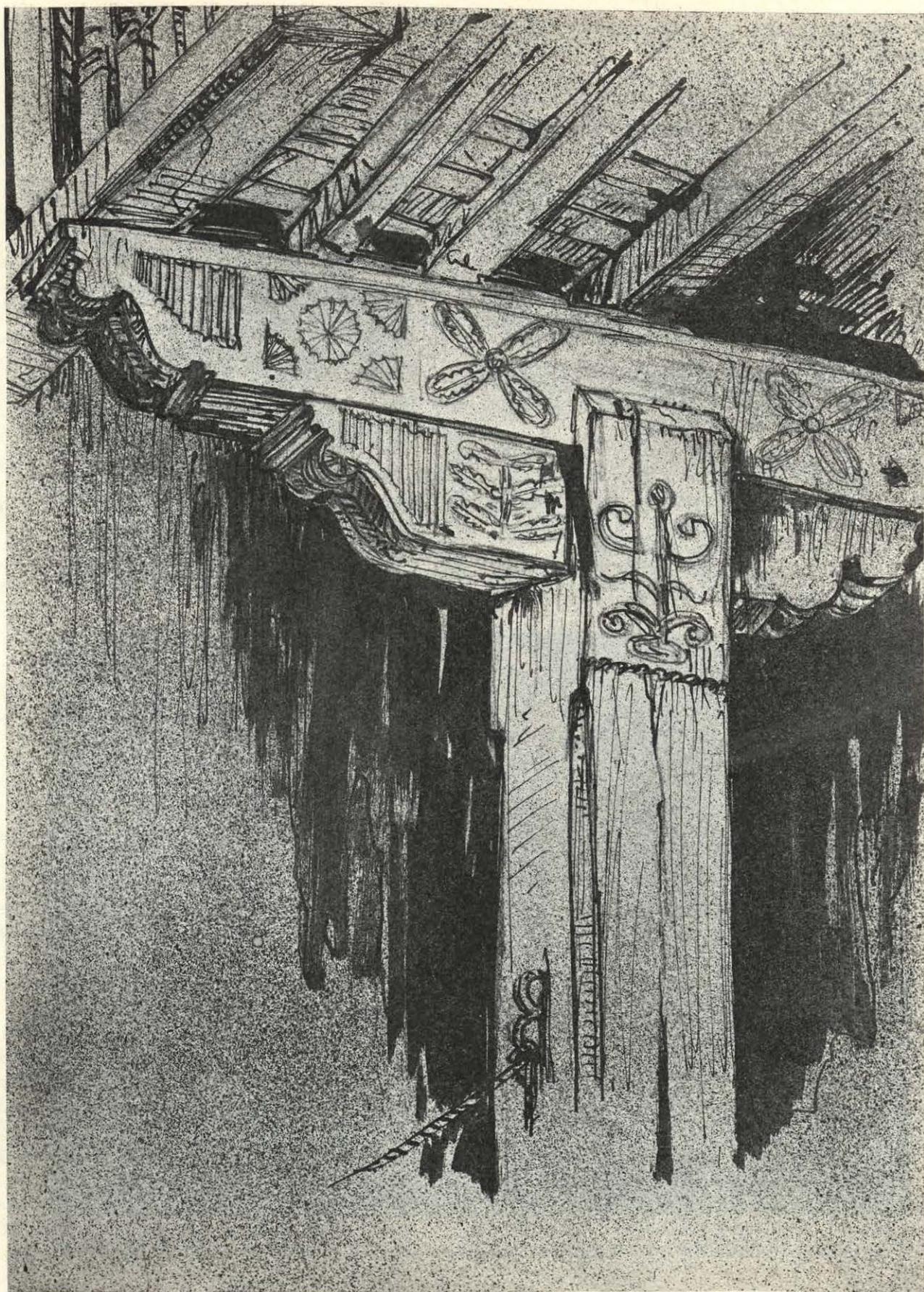
— Tenga cuidado Su Excelencia, no vaya a tropezar...

¡Para qué quiso más el de la Gobernación! Su primer impulso fué el de castigar con un fuerte puntapié al atrevido empleado; pero se contuvo y disimuló, por no dar nuevos motivos de risa y sátiras. Subió a su despacho, y, como quien redacta una orden tan sabia como necesaria para el bien de la patria, dispuso la cesantía del honrado portero.



MONUMENTO A M. ARRÓTEGUI.

Arquitecto Anasagasti.



ZAPATÓN DE UNA CASA DE QUIJAS (SANTANDER). ESPLÉNDIDO EJEMPLAR DE TALLA POPULAR.

Apunte de Anasagasti.